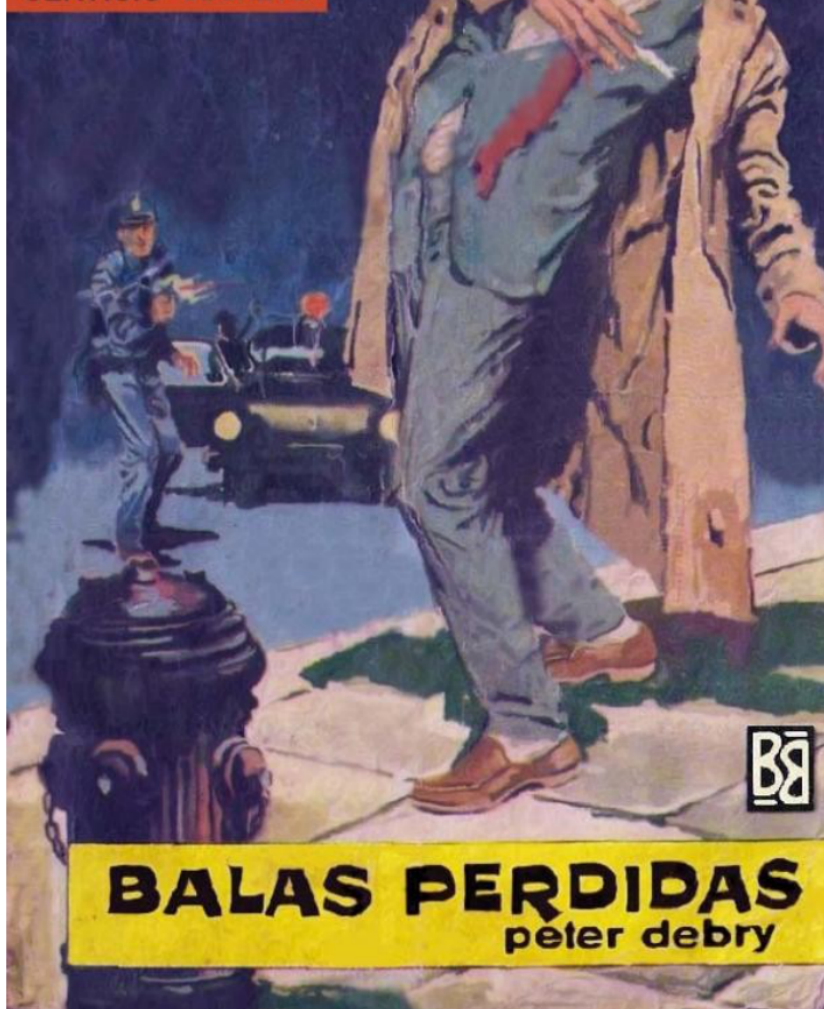


S
S **selecciones**

SERVICIO SECRETO



BALAS PERDIDAS

peter debry

PETER DEBRY

BALAS PERDIDAS

1.^a EDICIÓN
ENERO - 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 25.049 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© FRANCISCO BRUGUERA - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera,
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 4519/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

517. La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

390. Destino: la fosa.

En Colección BÚFALO:

218. Hasta la última bala.

En Colección CALIFORNIA:

29. Una bala en cada esquina.

En Colección TEXAS:

45. Los muertos no matan.

En Colección COLORADO:

16. Los que cabalgan de noche.

En Colección SELECCIONES S. S.:

7. Congo Kong.—13. Las damas matan riendo.

Balas perdidas

por PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

El pistolero más descarado que registra la historia del crimen organizado como negocio, reinaba en Norteamérica por los años, finales de la tercera década del actual siglo.

Era el apogeo de la gloria escandalosa de los Diamond, Capone, Dillinger y tantos otros delincuentes, que al aparecer por teatros y clubs nocturnos, provocaban la misma admiración que hoy producen las estrellas del cine.

Pudieron algunos sobrevivir y no caer en las redes policiales, debido al soborno y la inmoralidad de muchos funcionarios estatales. No había aún Edgar Hoover organizado el «Federal Bureau of Investigation».

La policía metropolitana de cada estado, era constantemente relevada en los individuos del cuerpo que demostraban demasiado celo en la persecución de pruebas contra determinarlo jefes de «gang».

La fama de los policías no transcendía al dominio público. El que caía acribillado en cumplimiento de su deber, era apenas citado en los periódicos, que en cambio dedicaban páginas enteras a relatar las matanzas de «gangsters» entre sí, en un garaje de Illinois, o la liquidación de la banda de Diamond por los sicilianos de Al Capone.

Pero los organismos superiores de que dependían los cuerpos de policía privada, conocían ya sobradamente el nombre de Jason Wilcox, apodado «El Bruto» por sus mismos compañeros de profesión, que no se caracterizaban precisamente por ser remilgados ni blandos.

La hoja de servicios de Jason Wilcox, en su laconismo, era elocuente muestra del carácter del que el año 1927 era considerado el más terco sargento de policía de todos los Estados.

La ficha preliminar en que aparecían las huellas digitales y la

foto de frente y perfil de Jason Wilcox, mostraba un rostro vulgar, achatado, de prominentes mandíbulas y gruesas cejas. Una frente estrecha y espeso cabello, negro como los ojos.

«Nacido el año 1905, en Chicago —decía la ficha—. Huérfano a los nueve años al perecer sus padres en un naufragio, quedó bajo la tutela de un hermano de su padre, policía, quien lo hizo ingresar en el Orfanato de Policías, de donde salió a los dieciocho años, para emplearse de meritorio en la Comisaría de Detroit, obteniendo a los veintiún años, el grado de policía privado, y ascendiendo por méritos el año 1926, a sargento, de plantilla en Nueva York».

La hoja de servicios indicaba sus traslados, desde 1926, a Boston, a Filadelfia, a Jersey, a Richmond, y por último, a Chicago, su ciudad natal, donde en aquellos momentos el comisario en jefe del distrito

Sur-Este,

compulsaba la ficha y hoja de servicios del sargento Wilcox, que esperaba ser recibido por su superior.

Un agente abrió la puerta, mirando a Jason Wilcox, que, sentado, rumiaba lentamente su chicle. Wilcox era de estatura mediana, anchas espaldas, y daba la inmediata impresión de un antipático bruto.

Vestía un traje a cuadros, gruesos zapatos con suela de goma, calcetines de lana verde, y un sombrero de fieltro negro. La camisa a listas azules y rojas, con la corbata verde, acababa de complementar un atavió corriente entre los matarifes y empleados de los grandes *Stock Yards*, de Chicago, la sede de los tratantes de ganado.

El agente se aproximó, y saludó:

—Sargento, haga el favor. El comisario espera.

Levantóse lentamente Wilcox, escupiendo su chicle. Con voz ronca, áspera, comentó:

—Ésta es la comisaría de la gente elegante. Si hay que ponerse guantes, préstame unos.

—No hace falta, sargento Wilcox. El comisario es una bellísima persona.

—Me lo suponía —dijo, desdeñoso, Wilcox.

Se quitó el sombrero, y entró en el despacho. Tras la mesa, el comisario señaló un asiento frente a él.

—Siéntese, Wilcox. He estado consultando su hoja de servicios. Se cita elogiosamente su valor rayano en la temeridad, una cualidad que no es de despreciar, aunque como la memoria, el valor nace con el individuo. Desde que ascendió a sargento ha sido usted trasladado repetidamente, Wilcox. Tengo el informe de cada traslado a la vista. Pero me gusta, cuando entablo contacto con un nuevo elemento, oír su particular opinión.

—La disciplina, señor —replicó adustamente Wilcox—, es para mí la base de toda organización.

—Prescinda de este sentimiento por unos instantes. Hablemos como dos particulares.

—Si me lo ordena... ¿Qué desea, señor?

—Su opinión sobre la causa por la que fue trasladado de Boston.

—Sometí a interrogatorio a Joe Pastera. Perdí veintiséis horas, tratando de hacerle reconocer la verdad. Estaba a punto de lograrlo, cuando fui relevado, y trasladado a Filadelfia.

—¿Qué método empleó?

—Comprendo... El informe aludirá a que Joe Pastero ingresó en el hospital, con varias costillas rotas.

—En efecto. El informe da un documentado detalle medical, según el cual... Permítame un instante —y el comisario volvió a leer, para decir apartando la vista—: Usted se ensañó con Pastera, dándole puntapiés en el suelo, y si no se lo quitan, lo mata. ¿Por qué fue trasladado de Filadelfia?

—Me atacaron y me defendí, señor.

—A tiros mató a cuatro «gangsters», pese a que dos de ellos, habían arrojado sus armas, y casi arrodillados, pedían clemencia. ¿Qué me dice a eso, Wilcox?

—Depende, señor, de si hablo como sargento o como particular.

—Es una conversación de toma de contacto, Wilcox.

—Entonces, señor, le diré que ya sé que me llaman la Bestia, el Bruto, el Verdugo, y otras imbecilidades por el estilo, y lo tengo a mucha honra y a mucho orgullo. ¡Sí, señor! Joe Pastera era un «gángster» elegante, muy fino, y con el alcalde a su favor. Mató a más de una decena. ¿Por qué iba yo a tenerle el menor respeto? En

cuanto a los cuatro de Filadelfia, acababan de atracar un *cabaret*, donde la cajera y dos camareros murieron. No sentí la menor compasión por los dos que se arrastraban a mis pies.

—En Jersey fue usted el culpable de que Jimmy Anders, fuera llevado a un sanatorio, donde continúa, loco.

Los gruesos labios de Wilcox esbozaron una sonrisa divertida. Más que hablar evocó en voz alta:

—Si llega usted a estar allí, se monda, comisario. Se hubiese usted partido de risa.

—Lo dudo, pero siga evocando, Wilcox —dijo secamente el comisario.

—Pesqué a Anders en su garaje particular, donde entré después de tumbar a sus dos escoltas. Hice desnudar a Anders, y le obligué a colocarse cara a la pared...

—Le roció usted con una manguera más de una hora, y a cada intento de Anders para escapar, el chorro de la manguera lo derribaba, y usted le obligaba a ponerse en pie, disparando a escasa distancia de su cuerpo.

—Anders era un gusano asqueroso, señor. «Protegía» a los tenderos, que le pagaban cuota, y mató a un tintorero y a un empresario de pompas fúnebres —rió Wilcox.

—En Richmond, de donde viene, pegó usted una brutal paliza a un muchacho.

—Que, borracho, atropelló a una vieja. Si luego el borracho resultó hijo del gobernador, eso me tiene sin cuidado, porque por más gobernador que fuera su padre, a la vieja que quedó hecha una pobre piltrafa, no le devolvían la piel. Y ya que hablo como particular, diré lo que pienso, comisario. Me hice policía para perseguir a los criminales, y todo aquel que mata sin razón, no merece contemplaciones.

—Se ha excedido usted en sus atribuciones, Wilcox. Se le reconoce honradez, valor y plena dedicación a su tarea. Pero sobrepasa ciertos límites, tomándose iniciativas que no le pertenecen. En el caso de Pastera, no debió asestarle puntapiés en el suelo, estando desmayado. Al enloquecido Anders, no debió seguir torturándole, puesto que se demostró que estaba loco una hora antes de que llegasen los compañeros que le sorprendieron a usted con la manguera.

—Estuvo bueno —sonrió Wilcox—. Sigo siendo un particular, señor.

—Parece como si tuviera empeño en que le considere un... sujeto propenso a brutalidades innecesarias.

—Cuando los asesinos supriman la pena de muerte, yo me haré sacristán, pero mientras ellos maten cobardemente, yo seguiré siendo y a mucha honra, el Bruto Wilcox. Mis excesos, como usted los llama, no sobrepasan de límites legales.

—Un momento, Wilcox. Usted se ha propuesto algo que va a enajenarle todas las simpatías.

—Me tiene sin cuidado.

—Usted se ha propuesto remover aguas turbias. Cada vez que le han amenazado con un expediente, usted ha dicho, empleando una expresión vulgar, «que tiraría de la manta». Aclare.

—Es sencillo —y Wilcox entornó los párpados—. Cuando lo de Pastera, si me instruyen expediente, hubiese yo sacado a relucir que Pastera, cenaba con el alcalde. Anders enviaba cajas de habanos al comisario de Jersey. Bajo los habanos había un fajo de miles.

—Bien. Lo que me suponía. ¿Y usted, solo, a solas, pretende limpiar de inmoralidades, desgraciadamente, nuestro organismo? Ésta es misión superior a sus fuerzas, sargento Wilcox.

—Yo me limito a hacer lo que puedo, señor.

—Voy a aconsejarle que aquí, en este distrito, no se tome iniciativas. Por fortuna, yo no recibo cajas de habanos ni ceno con «gangsters», ni mi hijo se emborracha. Duermo muy tranquilo, señor Wilcox. Y por esto mismo, desde este momento, le juro como hay Dios, que si comete usted en mi distrito la menor brutalidad injustificada, conseguiré que le expulsen del Cuerpo, y recaiga sobre usted el peso de la ley.

Jason Wilcox se puso en pie, serio. Ya no era un antipático sujeto, sino un ceñudo policía respetuoso:

—A la orden, señor. ¿Manda algo más?

—Puede retirarse. Le comunicarán lo referente al servicio.

Fuera del despacho, Wilcox se abanicó con el sombrero. Silbó para llamar a un agente.

—Llévame al jefe de guardia.

El teniente de guardia, tras exponer el servicio, manifestó:

—Se aburrirá aquí, sargento. Esto no es el norte ni el este. Aquí,

en este Distrito, no hay más que la Universidad, Museos, Parques, y residencias lujosas. Es una zona limpia de «gangsters». Le será difícil acreditar su apodo.

Wilcox se encogió de hombros replicando:

—Donde menos se piensa, salta la liebre. ¿Manda algo?

—Puede descansar del viaje, sargento.

Pasaron dos meses. El sargento Wilcox cumplía, pero nadie le apreciaba. Era duro, hosco, con ademanes y frases de matón. El comisario sugirió que era posible que por causas desconocidas Wilcox odiaba a la humanidad.

Pero cierta muchacha, tímida, callada, opinaba que el sargento Jason Wilcox era un hombre serio, formal y de bien. Era doncella de servicio. La conoció Wilcox en el Field Park, dos días después de llegar a Chicago.

Los jueves y domingos, iban a sentarse al mismo banco, donde, cada tarde, entre cinco y siete, ella acudía vigilando a los dos niños de la casa donde servía.

Se sentaban, merendaban lo que ella traía, y en las tres horas, hablaba casi exclusivamente él, pero con largos lapsos de silencio.

Cuando en la comisaría se supo que Wilcox había pedido licencia para casarse, los comentarios burlones granearon copiosos.

—Debe ser una ciega, sorda y muda.

—Una heroína.

—Una loca, mejor. ¡Mira que casarse con semejante bruto!

Pero la esposa de Jason Wilcox era la única en saber que su marido, privadamente, era cariñoso. Un cariño especial, a su modo. De pocas palabras y brutal, pero ella era feliz.

Y lloró, ocultando el rostro en la almohada, cuando apagada la luz, cierta noche, a los seis meses de casados, Wilcox, manifestó:

—Eres la primera persona en el mundo, que quiero y he querido. Si me dejas solo, no sé qué será de mí... ¡Valiente estúpida estás hecha! ¿Lloriqueando ahora? ¡Maldita sea!

Refunfuñando, Wilcox se calló. Tres meses después, en la clínica de maternidad, Jasen Wilcox paseaba como un vulgar padre novato.

Un médico se le acercó tras una hora de espera.

—Un niño robusto, señor Wilcox. Fuerte como un roble, y con mucha viveza. Negro de pelo y ojos. Dará guerra.

—¿Puedo pasar a ver a mi esposa?

El médico titubeó unos instantes, y al fin, se decidió:

—Su esposa está algo grave, señor Wilcox. Fiebre puerperal.

Jason Wilcox asió por las solapas al médico. Lo sacudió:

—¡Le mato si...!

Dos enfermeros acudiendo presurosos, expertos en el arte de dominar enfermos furiosos, se vieron y desearon para contener a Wilcox.

El médico, ya libre, murmuró apenado:

—Lo siento, señor Wilcox. No se podía hacer nada. Murió feliz, al ver a su hijo. Murió feliz.

Jason Wilcox se abatió, desplomado en el banco. Al gesto del médico, los dos enfermeros, se separaron unos pasos. Jason Wilcox entre dientes, sólo sabía murmurar:

—Asesino... Asesino...

El médico no sabía que el epíteto no le calificaba a él, sino al hijo que al nacer, inocentemente, había causado la muerte del único cariño de Jason Wilcox.

—Su hijo será bien atendido, hasta que encuentre usted, quien lo cuide debidamente, señor Wilcox.

Jason Wilcox se levantó, mirando en rededor, como una fiera que va a embestir, con los negros ojos encendidos en furor.

La expresión apenada del médico, le apaciguó un instante. Gruñó:

—Mandaré a buscarle. Adiós.

El comisario del distrito

Sur-Este

de Chicago, accedió a la petición que por escrito le hizo el sargento Wilcox de licencia de dos meses.

El día siguiente a la muerte de su esposa, Jason Wilcox, que se negó a ver a su hijo, bajó de un «taxi» arde una taberna del distrito noroeste de Chicago.

El distrito del hampa, con sucias callejuelas, sórdidas mansiones donde se hacinaban en pequeños espacios, numerosos habitantes.

Llegó al mostrador, sabiendo que apenas entró, el olfato especial de los concurrentes le identificó cómo policía.

—¡Tú! ¿Dónde vive Cleve Forbes? —espetó al tabernero.

A la vez mostró la insignia, girando el revés de la solapa.

—Creo que se mudó.

—Tú vas a mudar de cara si me tomas por un novato. Soy joven, pero llevo cinco años pegando palizas a listos tunantes.

—Cleve se «retiró» de los negocios.

—Ya lo sé. ¿Dónde vive, o te parto la...?

—En el catorce de la tercera.

En el piso catorce de la tercera callejuela cercena a la ribera del Gran Lago Michigan, una mujerona sucia, obesa, muy barriguda, vino a abrir. Lo hizo entornando, pero Wilcox empujó brutalmente, entrando:

—¿Eh? ¿Qué modales son éstos? —refunfuñó la mujerona.

—A callar, tía gorda, Avisa al guarro de Cleve.

—Mi vida —susurró una voz meliflua—. Hazme el favor de volver a la cocina. El caballero es amigo mío.

El que así hablaba acabó de descorrer la cortina. Era pequeño, con gafas y expresión de zorro.

La mujer se fue, mascullando palabrotas. Cleve Forbes sonrió temeroso.

—Bienvenido, sargento. Bienvenido a mi hogar.

—¡Valiente pocilga! Servirá... Escucha. Cleve. Ya no abres cofres, y estás en paz con la bofia. Pero me conoces, ¿verdad?

—¡Oh, sí, mucho! —suspiró, gemebundo, Cleve Forbes, palpándose maquinalmente la barbilla y el estómago, donde dos años antes recibiera una lluvia de puñetazos.

—Me odias, Cleve... ¡Calla! Tengo un hijo, sí... Un hijo que es un cochino asesino. Para salir al mundo ha matado a su madre. No hay sillas eléctricas para este crimen, ni presidios. Pero tu pocilga me sirve. Mañana tu mujer irá a esta dirección —dijo, tendiéndole una tarjeta—. Aquí he escrito la autorización para que ella retire a mi hijo. No quiero saber nada de él, nunca más. Tú lo cuidarás. Haz con él lo que te parezca, pero fíjate bien, Cleve... Me conoces. Si muere por hambre, te mataré a puñetazos. Debe vivir, debe vivir. Que sufra, que se pudra de odio a la humanidad, que le coja asco a la vida. Todo lo que pase será poco para pagar su crimen. Yo gano cuatrocientos al mes. Me sobran ciento cincuenta, que cada primero de mes, recibirás. Ya te ocuparás de averiguar mi dirección. Ciento cincuenta por mes; ¿te enteras? Pero le darás tu apellido y el nombre que te dé la gana. Eso lo arreglaré. ¿Lo has entendido todo, Cleve?

—Ciento cincuenta por mes, ciento cincuenta por mes...
¡Gracias, sargento!

—Si muere, por falta de alimento, ya sabes. Por lo demás, trátalo como si fuera tu propio hijo. Mano dura, nada de extras. Y cuando tenga dieciocho años, que se busque la vida como pueda, porque no he de mantenerle más allá de dieciocho años. Y si me matan... Pero no, yo soy duro de pelar. Si ayer no me pegué un tiro... ¡es que he de dar aún mucha guerra! Y nada de escribirme, que nada quiero saber del...

—Le llamaré Jason Forbes, sargento.

—Adiós —replicó Jason Wilcox, echando sobre la mesa un rollo de billetes, junto a la tarjeta escrita.

El comisario del distrito

Sur-Este

acogió con agrado la noticia de que a petición del comisario del Bronx de Nueva York, el sargento Wilcox pasaba a ser de aquella plantilla.

Pasaron los años, y el

F. B. I.

necesitando hombres duros para exterminar el «gangsterismo» eligió el sargento Wilcox, «El bruto».

En 1939, Wilcox era inspector del

F. B. I.

Mensualmente giraba ciento cincuenta dólares a un tal Eleve Forbes.

En 1945, dejó de girar dinero. El inspector Wilcox era considerado el hombre más duro del

F. B. I.,

y también el más antipático de los seres humanos.

En 1948, una misión especial le llevó a Chicago, a dónde no había vuelto desde la muerte de su esposa.

Ni fue al distrito sur, ni al cementerio, ni trató de buscar a Cleve Forbes. Durante siete días peligrosos, anduvo a la caza de un evadido.

Al octavo día, cumplida su misión, cenaba en el hotel, desplegando el periódico ante él, cuando releyó un titular que decía:

En aquellos siete días, el inspector Wilcox no había leído prensa alguna, dedicado por entero a su misión. No estaba en antecedentes de «el caso de los hermanos Forbes».

En aquel breve artículo, el reportero se limitaba a comentar que debido a que Jason Forbes tenía veinte años y diez meses, y su hermano Nick Forbes, acababa de cumplir los veinte, se daba el extraño dilema legal, de que si la sentencia del juez era confirmada por el Supremo antes de que Jason Forbes cumpliera los veintiuno, no iría a la silla eléctrica por ser menor de edad.

Pero si el Supremo refrendaba la sentencia cuando ya hubiera expirado el plazo de dos meses que faltaba para la mayoría, Jason Forbes iría a la silla eléctrica.

Jason Wilcox arrugó el periódico, y dejó de leer, para seguir cenando ceñudamente.

CAPÍTULO II

Las nociones que de la vida tenía Jason Forbes al cumplir los quince años eran bastante confusas. Madre, significaba para él, una mujer sucia, oliendo a vino, que le daba frecuentes palizas. Padre, un hombre débil, que le pellizcaba con arte, arrancándole lágrimas, llamándole por su nombre de Jason, en una forma meliflua, que parecía el peor de los insultos.

Conocía su obligación desde los ocho años. Abrir portezuelas de coches en los barrios elegantes, escapar cuando venían los malditos agentes, vender periódicos, pescar trapos en el lago, dedicarse a lo que fuera, pero no volver a su casa sin medio dólar.

Y cuando no lo conseguía, entre los escobazos de la que creía era su madre, y los tirones de orejas y pellizcos del que suponía su padre, pasaba un amargo cuarto de hora, en que se le indicaba como ejemplo a su hermano Nick, el flaco y vicioso Nick.

«Vicioso» era un misterioso calificativo para Jason, cuando cierta noche, sin haber logrado su medio dólar, escudo contra la paliza, se reunió bajo el túnel con el que suponía a su hermano menor.

Nick Forbes, larguirucho y pálido, estaba tendido boca arriba, teniendo por almohada el saco en que recogía objetos de muy diversa factura. Y entre los labios sostenía un cigarrillo, exhalando por la nariz volutas azules.

Jason tendióse a su lado, masculando:

—A los catorce años no se fuma, Nick. No deja crecer.

—Es que yo soy un vicioso, ¿sabes? Este pitillo es un «Marocco» con boquilla de corcho, y filtro. De lo fino... Me ha costado cinco centavos, pero, chico, la vida hay que vivirla. Soy un vicioso, y no lo puedo remediar.

—Me faltan quince para el medio, Nick.

—A mí que me registren. Hay que apañarse, Jason. El que presta

a un amigo, «cantimás» a un hermano, pierde dinero y amigo. Una sana fórmula, que no estoy dispuesto a quebrantar.

—Anteayer, cuando el gordo Flock te perseguía y te iba a atizar el piñazo padre, yo te salvé. ¿Es que eso no vale quince?

Nick Forbes escupió la colilla. Estaba levemente mareado, y su cara paliducha, al contraerse, expresó así un hondo pesar:

—Me apena comprobar que eres un «amarreta». ¿Con que por meterte delante del gordo Flock, me pides ahora quince? Eres un judío, Jason.

—Préstamelos.

—«Nanay».

—La próxima vez que el gordo Flock te busque las narices, no chilles llamándome. ¡Vaya hermano que tengo!

Nick no soltó los quince, y Jason recibió la metódica ración de escobazos, pellizcos y tirones de oreja. Tenía los lóbulos medio desprendidos, con costra que nunca acababa de cicatrizar porque Cleve Forbes, lo impedía.

Pasaron tres años, y Jason, negros ojos y negro cabello, estrecha frente y amplias espaldas, sacaba con facilidad la cuota del medio dólar. Había encontrado un procedimiento fácil.

Era el protector a sueldo de los muchachos poco valerosos. Cuando uno de ellos recibía una paliza, iba en busca de Jason, y éste por la razonable entrega de diez centavos, actuada.

Su modo de actuar era siempre idéntico. Acompañando al vapuleado, llegaba al encuentro del autor del vapuleo.

Se detenía ante él, y primero escupía en el suelo, antes de preguntar:

—¿Por qué le pegaste a éste?

Las respuestas variaban en grosería, y entonces Jason ponía en juego los puños, y cuando se sentaba sobre el pecho del vencido, alzaba el puño derecho, y decía:

—Lo dejas en paz a mi amigo, ¿te enteras, gusarapo?

Sus protegidos, debían entregar semanalmente diez centavos. Si no lo hacían, era entonces Jason el que les propinaba una paliza.

Nick Forbes pagaba diez centavos semanales...

Al cumplir los dieciocho años, Jason escuchó a Cleve Forbes, que de muy mal humor, exponía:

—De ahora en adelante, traerás, un dólar diario. Si no lo haces,

te llevaré al Correccional.

—Y usted me dejará las orejas en paz, porque ya soy mayorcito... ¡No coja usted la escoba «mom»! —aulló Jason, refugiándose tras una silla.

—Deja la escoba, mi vida —rogó Cleve mirando significativamente a su esposa, más agriada con el transcurso de los años—. Hemos de oír lo que quiere decirnos esta prenda.

—Lo que quiero decir, es que he conocido a un tipo que se conoce los reglamentos, y me ha dicho que como tengo ya dieciocho, si ustedes siguen pegándome porque no traigo el dinero, puedo denunciarles al Tutelar, que es algo así como un tribunal.

—¡Hay que ver! Negra ingratitud pecaminosa —dijo, untuosamente, Cleve Forbes—. ¿Ves, mi vida? Mátate para darles de comer, y éste es el pago que obtienes.

—Dijo el de las leyes, que como ustedes no me han llevado al colegio, las pasarían mal si me chivo al Tutelar. Pero, como son mis padres, no les quiero perjudicar.

Jason arrugó las cejas, y dominó un extraño temblor de sus labios, para proseguir:

—Nunca me dio usted un beso, «mom», sino escobazo va, escobazo viene. Y usted, «pop», tirones de orejas y sucios insultos. Yo podría chivarme, e ir al Tutelar. No iré, y les traeré el dólar por día, pero queda claro que al primer escobazo, o tirón de orejas, me las piro. Vendré a dormir aquí, trayendo el dólar, pero de comidas, por mí, ahórrelas, «mom». Comeré fuera.

Salió el muchacho, y la esposa de Cleve, apoyada en la escoba, torciendo la cabeza, comentó extrañada:

—Tiene buen fondo el mozo.

—¡Es el hijo del maldito Wilcox! No lo olvides. Y ya no vale ciento cincuenta por mes.

—Pero traerá un billete diario, Cleve. Hay que dejarle en paz.

Jason estaba muy orgulloso de su nueva ocupación, un empleo que le había sido otorgado en forma casual. Fue así:

Cierto día en que uno de sus «protegidos» recurrió a él, Jason se encontró con que el agresor era un individuo de unos veinticinco años, robusto y mal encarado.

Jason retrocedió unos pasos, y su protegido rechinó los dientes, exclamando:

—¿Te rajas ahora?

Era la pérdida de su clientela, el hundimiento de su fama. Jason tragó saliva, avanzó y escupió, o pretendió escupir en el suelo, antes de preguntar:

—¿Por qué le pegaste a éste?

—Vaya... ¿Y a ti quién te da vela en este entierro, mequetrefe?

—Porque seas un grandullón más viejo que yo, no te va a valer.

Se abalanzó Jason, puños en ristre. El primer puñetazo lo recibió en el pecho. Volvió al ataque, y esta vez fue su nariz la que sangró aparatosamente. Cayó arrodillado, sintiendo que en su cabeza libaban batalla pájaros silbadores revoloteando, y hormigas en ancha y nutrida procesión.

Tambaleándose se puso en pie, volviendo al ataque. Un tercer puñetazo le alcanzó en el mentón, y ya perdió la noción de todo.

Cuando despertó, se palpó la nariz, que le ocupaba la mitad del rostro. Estaba en un diván, y una muchacha le aplicaba compresas de agua en las sienes y en la nuca.

En pie, el «grandullón» le miró y dijo secamente:

—Ya sé que cobrabas diez centavos. Pero primero debiste enterarte de con quién te juegas los cuartos.

—Deja al chico, Clark Pollock —terció la muchacha, severamente—. Debería darte vergüenza pegar a un chiquillo.

—¿Chiquillo de qué? —Gruñó Jason incorporándose, y asiéndose al respaldo del diván. Estaba mareado y dolorido, pero su amor propio quedaba a salvo. Miró al grandullón—: Oiga, yo no sabía que era usted Clark Pollock, pero de saberlo, igual le hubiese buscado. Me pagan para quedar bien, y no hay vergüenza en ser «noqueado» por usted.

Clark Pollock, campeón de los pesos *walter* del distrito norte de Chicago, estaba pensativo. Dijo:

—El segundo directo que te arreé, hubiese quitado el sentido a otro. Y tú lo encajaste. ¿Te gustaría probar si sirves para «*sparring*»? Es un buen oficio, con porvenir.

Jason apuró con gusto el vaso de agua teñida de un poco de coñac que le tendía la novia de Clark Pollock. Asintió a la vez.

El boxeador señaló con el pulgar hacia la puerta:

—Andando.

Por el camino, se dignó explicar:

—Le di un sopapo a tu cliente porque se mete en lo que no le viene ni le va. Es hermano de mi novia, y le sopló que me había visto con otra chica. ¿Qué iba a hacer un hombre ante un caso así?

—Naturalmente, señor —aprobó, convencido, Jason—. Pero yo también tenía que cumplir con mi deber.

—Así se habla. ¿Te duelen las narices?

—Son los dientes los que me duelen. El tercer puñetazo fue de gala.

—En el «South Side» andamos escasos de «*sparrings*». El oficio es bueno. Y tú tienes encaje. Debes pesar los sesenta y cinco, ¿no?

—Sesenta y siete, señor.

—Vamos bien. ¿Veinte años?

—Sí, señor —mintió Jason, añadiéndose dos.

—Ser «*sparring*» consiste en encasquetarse unas orejeras para protegerse sienes, y un bocado de caucho entre dientes. Con guantes de dieciséis onzas, subes a la lona, y entrenas a los buenos, como yo, por ejemplo. Según lo que diga el entrenador, así trabajamos. De doce a dos de la mañana y de siete a nueve por la noche. Por un total de cinco asaltos en cada turno, puedes calzarte dos dólares por día, si sirves.

—Serviré, señor.

Ya en el vestuario del maloliente gimnasio «South Side», Clark Polock tiró a Jason un calzón, un par de zapatillas y un extraño objeto que parecía una gran ostra de metal.

Le enseñó a ajustarse la «coquilla» entre piernas, las orejeras, y respirar con el bocado de caucho entre los dientes. Después le palpó los hombros y el cuello.

—Vas bien. Tú procura ahora pegar como puedas, y te ganas la plaza. Dos dólares, muchacho.

En la sala olía a sudor y embrocación, los que se entrenaban lo hacían con seria devoción, pegando al saco, fintando ante un espejo, saltando a la comba, propinando puñetazos al «*puching*», respirando y expirando a boca cerrada, haciendo ruido por las narices, limpiándoselas con el dorso de la mano vendada...

Había dos *rings*, y hacia uno de ellos se encaminó Jason, algo cohibido. En la esquina, junto a la escalerilla, un individuo bajito y grueso, con orejas retorcidas y nariz ladeada, el dueño del gimnasio, y antiguo campeón, miró al recién llegado.

—Buena pinta. ¿Aguanta, Polock?

—Aguanta.

—Sube. ¡Eli, tú, Mickey! —llamó el entrenador.

Acudió a sal tilos, un profesional peso mosca.

—Dale rapidez a éste.

Subió el peso mosca, calzándose los guantes de dieciséis, que hacían más bulto que su cabeza. Jason aguardó la señal del entrenador, que cronómetro en mano, anunció:

—¡Va, al trabajo!

Avanzó Jason, y Mickey empezó a hostigar con series de prodigiosa velocidad, a base de golpes secos, tan veloces, que la cabeza de Jason no paraba de sacudirse de un lado a otro.

Se enojó, y con furia replicó aplicando fuertes puñetazos a los flancos del peso mosca. Estaba medio entontecido, cuando el peso mosca saltó atrás, y oyó a Clark Polock aconsejarle:

—Alza los brazos, respira y escupe el caucho.

No veía muy claro, pero obedeció instintivamente. Poco después, sintió que volvían a empujar entre sus dientes el protector de caucho. Ahora tenía enfrente un mastodonte: un semipesado, cuyos golpes más lentos le hacían tambalear, pero que eran menos molestos que el granizado repiqueteo del peso mosca.

Pegó con toda su alma, cubriéndose a tiempo, porque veía llegar los golpes, y por fin, se agarró a las cuerdas, reventado. Contra su cara llovió un benéfico rocío de la esponja sacudida por Polock. El chorro fresco cayendo por su nuca, y después desde el pecho al interior de sus calzones, acabó de volverle en sí.

Abajo, el entrenador decía:

—Servirás. ¿Cómo te llamas?

—Jason Forbes.

—Ven esta tarde a las siete en punto. Pero ahora escúchame, y baja. Te daré dos dólares a las nueve de la noche, si vienes a los dos turnos. Todo un sueldazo, que no te durará ni dos semanas, si te olvidas de algo esencial. Para recibir y pegar, hay que tener esto muy relleno.

Y el dueño aplicó un manotazo en el estómago de Jason.

—Con la caja del pan rellena, es un buen oficio. Pero si no comes a modo, irás a parar al cementerio, tísico o idiota. Tú tienes pasta de púgil, y te convendría más otro trato. Un dólar en mano, y

comes aquí al lado, donde tengo mi tasca. El menú no es de rechupete, sino de gente seria: huevos, carne, pescado y fruta, sin guisoteo complicado, sino a lo llena panza.

—Acepto, señor.

—Comerás a las dos y a las nueve.

Durante dos años y medio, Jason actuó de «*sparring*». Por tres veces, combatió en público, como Monero y sustituto. Pero el dueño del «South Side», bruscamente, le dijo al término de cada combate:

—Encajas bien, no pegas mal, pero te falta lo principal, Jason. Eres un bruto cabal. Entiéndeme lo que quiero decir. El boxeo es una ciencia. Hay que estudiar al adversario: si es zurdo, bloquear por tu derecha, y si es largo de envergadura, entrarle en corto, buscando el cuerpo a cuerpo; si es corto de brazos, alejarle a base de directos. Pero tú, no tienes ni idea, y eso que llevas más de dos años en mi gimnasio. Pegas como si fueras a matarte. Resumiendo, Jason. Nunca pasarás de ser un buen «*sparring*».

Nick Forbes llevaba un año trabajando de botones en un club nocturno del este. Sacaba buenas propinas. Llegaba a dormir a las seis de la mañana, y apenas tenían los dos ocasión de hablar, salvo las veces en que Nick, antes de entrar a su trabajo, acudía al gimnasio.

Upa noche, Jason, al ladearse sus orejeras, recibió un directo de un peso pesado que le abrió una ceja. Al salir del vestuario, topó con Nick, que dijo con énfasis:

—Te invito a cenar, Jason. En un sitio de los caros.

Vestía excéntricamente, con pretensiones de elegancia, oliendo a perfume, y con una gardenia en la solapa de su larga chaqueta deportiva. Jason, martilleado a golpes, treinta minutos diarios, había convertido en adusto, de pocas palabras, medio entontecido.

En el restaurán elegante, Nick Forbes insinuó:

—Buen porvenir te espera, animal. Dice «pop» que antes de dos años, estarás hecho una piltrafa, útil pana recoger papeles por las cloacas. Hay «*sparring*» que se ha vuelto ciego y el que menos, idiota.

—No siempre voy a ser «*sparring*».

—Así se habla. Tengo yo algo muy bueno en preparación, y los dos podemos hacerlo. Un asunto de billetes largos, y sin riesgo, pero te necesito, y acudo a ti antes de ir a proponerlo a cualquier otro. Tú eres de los duros, y no te chivarías nunca.

—Eso seguro. ¿Y de qué va?

—He estudiado el golpe a fondo. No falla. Tú conoces el *cabaret* donde trabajo. Las noches del sábado, recogen por allá los treinta mil. A las seis de la mañana cuando cierran, todos los cestos van a parar a un cuartucho donde un contable, va reuniendo los billetes, y apuntando cosas en un libracó. El truco es sencillo. Tú te vienes al *cabaret* hacia las cinco. Vas al lavabo sexto, que yo te indicaré. Hay un armario donde se echa la ropa sucia. Te metes en él, y luego en el estante alto. A las seis, yo voy a quitarme el uniforme. Entonces, cuando todos se han ido menos el dueño y el contable, voy a abrirte la puerta del lavabo sexto, y basta con que le atices fuerte al dueño. El contable es un viejanco con gafas, y no dará quehacer. Te lo piensas, Jason. Son treinta mil, que a medias, suponen mucho.

Jason comió en silencio. Poco después, murmuró:

—Con quince mil puedo comprar un garaje.

—¡Vaya que sí! Un garaje espléndido, y eso da mucho dinero. Yo te diré cuando damos el golpe.

Tres semanas después, a las cinco de la mañana, Nick Forbes, que paseaba por entre las mesas y los palcos, atendiendo encargos y llamadas telefónicas, musitó al detenerse en la esquina de la barra de uno de los dos bares:

—Ven.

Jason pagó su consumición y siguió al botones, que al final de un corredor, abrió una puerta:

—Éste es el lavabo sexto, señor. ¡Eh, Josuah!

El negro que atendía el lavabo salió, y el botones Forbes le dijo, mientras entraba Jason:

—Hay una negra que pregunta por ti en la puerta trasera, Josuah.

—Ah, bueno, que será la chismosa de Neny —gimió el negro, alejándose con paso cansino después que Forbes le prometió atender la clientela en su corta ausencia.

Ágilmente Jason se encaramó en lo alto del armario, señalado por Nick. Cerró las dos batientes, y en la obscuridad permaneció

una larga hora, oyendo las conversaciones del negro Josuah con los borrachines, y su queja al llegar de vuelta de la puerta posterior:

—Ya me dio el niño otra tonta broma. No había negra esperando.

—Pues estaba aquello tan oscuro que me pareció que era Neny —rió Nick Forbes.

A las seis, el silencio empezó a adueñarse del *cabaret*. Entraban y salían camareros, y por fin, se cerró el local.

A los diez minutos, arañaron con algo la doble puerta. Abrió Jason, deslizándose abajo. Todo era oscuridad.

Tardó unos instantes en reconocer a Nick, y ya acostumbrado a las tinieblas, anduvo tras él, pasillo adelante.

Nick Forbes le detuvo, al llegar al rellano de la escalera, señalando a la derecha donde había un halo de luz.

Adelantó Jason la cabeza, y vio al dueño que iba cerrando los estantes de bebidas. Pisando sobre la punta de los pies avanzó, y cuando distaba dos pasos, el dueño se volvió.

Abalanzóse Jason, conectando diestramente un doble *uppercut* a la barbilla del hombre: a continuación, hundió los dos puños en su estómago. El dueño se dobló, arañó el aire, y cayó de bruces.

Nick Forbes se precipitó sobre él, llevando unas tiras de tela, con las que ató sus muñecas y sus tobillos, colocándole después un amasijo de liras en la boca.

Se levantó. Ambos sudaban.

—Ya sólo queda el viejanco, Jason.

Echó a andar, hacia el despacho del fondo, a la izquierda, cuyo cristal transparentaba una débil luz.

Cerca de la puerta, dijo Nick, mostrando algo oscuro en la diestra:

—Es una pistola de alarma, para meterle miedo al viejanco. ¡Vamos!

Jason, con fuerte patada, abrió la puerta. Irrumpieron los dos, y Nick Forbes, cubierto el rostro con un pañuelo, apuntó al contable, conminando:

—¡Brazos en alto, viejanco, o le aso!

El contable, sobresaltado, abandonó la pluma con la que apuntaba en el libro, y levantados los brazos, giró sobre sí mismo, mientras Jason se precipitaba sobre los ordenados fajos de billetes.

Fuera, el dueño, repuesto de la agresión, reptaba por el suelo. Logró llegar a una esquina del mostrador, y colocar la barbilla sobre el cordón eléctrico que conectaba el timbre con el recuadro de alarma, que muchas veces había servido para evitar el destrozo del mobiliario por bandas de borrachos pendencieros.

Adosado a la pequeña columna, consiguió arrodillarse, y su barbilla dolorida se apoyó sobre el timbre. Quedó así, y en la calle, repiqueteó constante el timbre de alarma en el poste.

Mientras, en el interior del despacho, Jason iba rellenándose los bolsillos. Al estallar el agudo timbreo, Nick gritó:

—¡Estamos perdidos, Jason!

El contable se abalanzó hacia Nick, el cual disparó a quemarropa, perdido ya el control. El contable, alcanzado en el pecho y el estómago, lanzó un estertor, y Jason, terminó de recoger el último fajo.

Olió la pólvora, y furioso, gritó:

—¡Es una pistola, Nick embustero del demonio!

Nick arrojó la pistola al suelo, yendo a toda prisa hacia la puerta. Retrocedió, lloriqueando:

—¡La poli, Jason!

Cuatro policías, pistola en mano, avanzaban ya por el local. Jason se abalanzó al suelo y recogiendo la pistola arrojada por Nick, la apretó convulsamente, mascullando:

—Vivo no me cogen. ¡Éste ha muerto, Nick maldito!

Uno de los policías, gritó:

—¡Salid manos en alto! ¡Pronto o disparáramos!

Jason, estremecido de furor, clamó:

—¡Venid por mí, valientes!

Nick Forbes tras él, miró en derredor, enloquecido. Vio un pisapapeles, y asestó un recio golpe en la nuca de Jason, quien tambaleándose, disparó al suelo...

Nick Forbes, al oír la descarga de los policías que hacían saltar los cristales y astillaban la puerta, gritó angustiado:

—¡Me rindo, me rindo! ¡Jason está ya fuera de combate! ¡Me rindo, me rindo!

Al cesar los disparos, un policía ordenó:

—Asoma, con las manos muy arriba, y cuidado...

Nick Forbes, quitado ya el pañuelo, apareció manos en alto. Un

policía al lado de la puerta, le colocó a la espalda el cañón de su pistola. Otro le cacheó, mientras los otros dos, sallaban al interior. Un charco de sangre bajo el cuerpo del contable, muerto, se mezclaba a la que manaba de la nuca de Jason, que sostenía apretadamente en la diestra la pistola.

—La ambulancia, pronto.

Jason despertó, esposado, en un lecho, sobre el que la luna se proyectaba atravesando unos barrotes. Miró a los dos hombres sentados al pie de la cama.

Un enfermero, retirando la aguja hipodérmica, anunció:

—Está en condiciones de hablar, señor comisario:

Vendada la cabeza, hinchados los ojos, Jason escuchó al comisario, que lentamente fue diciendo:

—Te pescaron infraganti, Jason Forbes. Llenos los bolsillos, y con la pistola, dispuesto a matar más gente. Gracias a que tu cómplice a última hora se arrepintió, no hubo policías muertos. Este caballero es el defensor. Un abogado ante quien puedes hablar.

El abogado, cara larga, dientes amarillos, gruñó:

—Cierra la boca, Jason. Estás enfermo. Hablarás cuando puedas.

El comisario se levantó.

—De nada sirven ahora sus triquiñuelas, Bindley, Usted pretende ruido para obtener prestigio, pero este caso no tiene defensa.

Se fue, y el abogado, arrimando su silla a la cabecera, se hizo falsamente campechano:

—Adelante, Jason, con toda confianza. Yo, gratis, voy a defenderte. Cuéntame la cosa, cómo pasó.

—Yo no soy ningún chivato. Usted es de leyes, y allá lo que quiera decir, pero yo ahora mismo juro, que no he de abrir la boca ni aquí ni ante el tribunal ni en el infierno.

—Tienes que carear con tu hermano. Escucha, Jason: yo también defiendo a Nick.

—Entonces, él ya habrá hablado como pertenece a un hombre.

—Dice que le obligaste a llevarle al despacho, después de matar al dueño. Dice que tú disparaste contra el contable y que entonces él, asustado, te dio en la cabeza.

Jason nada replicó, sino que ladeando la cabeza, crispó las mandíbulas. De sus ojos hinchados huían lágrimas.

El abogado Bradley interpretó aquellas lágrimas, como el natural

impulso rabioso del atracador que, a punto de huir con treinta y dos mil dólares en los bolsillos, se ve atrapado.

Al día siguiente, un policía vino a buscar a Jason, conduciéndole a un despacho. Cuando Jason vio a Nick Forbes, se abalanzó hacia él.

Pero el policía le retuvo asiéndole por las esposas. El comisario, contempló ceñudo cómo Jason, ceñudo, escupía certeramente un salivazo contra el demacrado rostro de Nick Forbes.

—No repitas esto, Jason —dijo duramente—. Se acabaron las valentonadas. Tu historial es expresivo. Matón a diez centavos de cuatro. Entrenador de boxeo de la cuadra de maleantes de Pollock, que hace ya un año está en presidio por traficante en drogas. Tu caso está claro. Le propusiste un atraco a tu hermano menor, que aterrorizado, te obedeció. Le diste los puñetazos al dueño, y después, al pretender resistirse el contable, lo mataste. Y te hubieras cargado a varios policías, si no interviene a tiempo tu hermano. Aquí está el informe. Fírmalo, y nos ahorrarás trabajo. Si no quieres firmar, bastan las pruebas. ¿Times algo que decir, Jason Forbes?



Jason corría como una fiera.

2 - BALAS

—Este gusarapo fue el que me propuso el atraco. Cuando sacó la pistola me dijo que era de alarma. Él disparó contra el contable.

—Agravas tu caso, acusando a tu hermano. La pistola la llevabas tú, y sólo había tus huellas. Nick está bien considerado en el *cabaret*. Tu propio padre...

—¡Basta! —aulló, congestionado el rostro, Jason—. ¡Venga, lo firmo todo! Ya me da igual... ¡Pero si es verdad que hay un Dios, Él me hará justicia!

Y a partir de esta exclamación, Jason no volvió a hablar. El proceso fue breve. El defensor Bradley se apuntó un éxito, recargando disimuladamente las tintas sobre Jason para inocular a «la víctima», Nick Forbes.

El juez se unió al voto de los jurados; culpable Jason, inocente Nick. En celdas aparte, aguardaron los dos la sentencia del supremo.

Los periodistas, interrogando al juez, preguntaron:

—Según su señoría, ¿cuál es la posibilidad de escapar que tiene Jason Forbes?

—Le faltan dos meses para cumplir la mayoría. El crimen es repulsivo y sin paliativos. El Supremo tarda siempre unos tres meses en dictaminar, y la sentencia es de muerte.

—Entonces, ¿irá Jason Forbes a la silla?

—Ha cometido su crimen siendo menor, pero estaba emancipado, y según el artículo sexto de la Ley de Represión del Gangsterismo, en vigor en el Estado de Illinois, los veinte años con malos antecedentes, son mayoría legal.

—Seguro que va a la silla, ¿no, señoría?

—¿Y Nick Forbes? —preguntó otro periodista.

—El Supremo ha de refrendar también su sentencia de culpabilidad. Tiene buenos antecedentes, y siempre fue víctima del avasallamiento que sobre él ejercía su hermano mayor, según propia declaración del padre. Una declaración fuera de dudas, por cuanto el pobre hombre lloraba, al verse en el terrible dilema de atacar a su hijo mayor en defensa de Nick. Y hemos tenido que colocar a Nick en otra celda, porque Jason Forbes pretendió estrangularlo. La furia del criminal vencido por la Ley.

Y el magistrado, terminó sus declaraciones, muy tranquila la conciencia, porque todas las pruebas eran claras y terminantes. La forma en que había sido sorprendido Jason, su reto a la policía, la declaración de Cleve Forbes, y el pisapapeles empuñado por Nick Forbes, eran un sólido andamiaje que simbólicamente preparaba el estrado de la silla eléctrica.

CAPÍTULO III

El inspector Wilcox se revolvía en la cama. Lo atribuyó a la cena. Pero a las cinco de la madrugada, tras una pesadilla, se despertó con la boca reseca.

Encendió la luz, y bebió un trago. También creyó que era simple curiosidad de oficio, la que, después de cenar, le condujo a comprar la Prensa de toda la semana, para leer cuanto se refería al caso de los hermanos Forbes.

Sabía que ya no podría conciliar el sueño, y volvió a releer cuántos artículos relataban el atraco, los interrogatorios, el proceso, la actitud de Jason Forbes, la declaración del magistrado...

A las ocho debía tomar el tren de regreso a Nueva York. Canceló el billete, y a las nueve, entraba en el despacho del comisario jefe del distrito norte.

Se conocían, y si como investigador, el comisario admiraba al inspector, como particular lo consideraba un bruto insensible.

—¿Algo nuevo, inspector Wilcox?

—Terminé la misión, como usted sabe. Me iba esta mañana, pero perdí el tren. Leí anoche un caso curioso. El de los hermanos Forbes.

—Nada interesante para el

F. B. I.

Es muy claro.

—Así se desprende de cuánto he leído. Hace tiempo, conocí yo al padre de estos chicos. Cleve Forbes, un fichado.

—Reventaba cofres, pero hace ya más de veinte años, que vive dentro de la Ley.

—No le suponía tan vergonzoso a Cleve Forbes.

—¿Por qué?

—Donde residía, me han informado que abandonó la ciudad con su mujer, sin decir a dónde iba.

Wilcox imaginaba que aquella decisión de Cleve Forbes y su esposa, estaría relacionada con los varios artículos en que se citaba que «el prestigioso inspector del

F. B. I.,

Jason Wilcox, se encontraba en Chicago, en misión secreta», lamentando los periodistas que les fuera imposible arrancar la menor confidencia del inspector.

—Parece que le interesa el caso, inspector.

—Simple curiosidad. No cogeré el tren hasta mañana...

—Puedo proporcionarle el archivo de los Forjes. Tal vez su agudo instinto verá algún fallo.

—No lo veo. Repito que es simple curiosidad, y si cree que es oficiosidad, olvidemos el asunto.

—No, no —se apresuró en decir el comisario, que admirando al F. B. I.,

no quería enemistarse con uno de los más preclaros inspectores de aquel organismo—. Carta blanca, inspector. Ordenaré que le den el archivo de la causa, y si quiere visitar a los Forbes, le extiendo ahora mismo el pase.

A las once, el inspector Wilcox, visitaba en su domicilio al magistrado que había fallado la sentencia contra los Forbes. El juez leyó la tarjeta de introducción del comisario.

—Bienvenido, inspector. Es muy loable su afán de estudiar todos los casos de delincuencia.

—La delincuencia de menores no es mi fuerte, señor. Quizá por eso mismo, me ha parecido chocante la actitud de Jason Forbes.

El magistrado miró en la tarjeta de presentación los nombres del inspector, y comentó:

—Influye la similitud de nombres. Jason no os corriente, y dada su fama de honorabilidad —sonrió el magistrado—, le habrá secretamente ofendido que un Jason pueda ser un criminal convicto y confeso.

—He conocido, atrapado e interrogado a toda clase de criminales, pero sin dárme las de infalible, llegué a una conclusión. Cada crimen lleva una firma.

—Es posible. Y clara quedó la firma de Jason Forbes.

—A mi entender, hay dos firmas.

—¿Cómo?

—Jason Forbes boxea. Jason Forbes quita el sentido al robusto dueño del *cabaret*, con varios puñetazos científicos, por su práctica. Jason Forbes, no emplea los puños contra el contable, y en cambio, le dispara. Esto no encaja bien. O desde un principio Jason dispara, o pega. No necesita matar al contable. Le basta con pegar.

—Disparó al sonar la alarma.

—Jason Forbes se encierra en un mutismo completo, una actitud impropia del criminal. Jason Forbes tenía a su ventaja el pretextar que Nick como empleado, era el que podía saber el detalle de la fuerte recaudación del sábado.

—Un comentario inocente del botones Nick a su hermano mayor.

—El establecimiento cerraba a las seis. El dueño cerraba todas las puertas interiores. Si Jason se escondió en el lavabo sexto, ¿sabe quién le abrió?

—Tiraría la ganzúa utilizada. Se comprobó que la puerta estaba forzada.

—La declaración de Cleve Forbes, un maleante, es muy parcial.

—Una tragedia. La del padre que se ve obligado a decir la verdad.

—Para Cleve, Nick es un ángel y Jason un perverso.

—Una confesión muy dolorosa para el pobre Cleve. Pero cumplí con mi deber, al administrarle una filípica. Le hice constar que los delincuentes como Jason, pagan, pero en realidad, son otros los que deberían pagar. Delincuentes como Jason lo son, por culpa del abandono de la autoridad paternal. ¿Qué le sucede, inspector?

Jason Wilcox había palidecido repentinamente, porque las últimas palabras dichas en tono doctoral por el magistrado, le revelaban de pronto la causa de su inquietud nocturna, y su actual curiosidad.

Rezongó agriamente:

—Los padres no pueden seguir paso a paso cuánto hacen sus hijos.

—Usted y yo, inspector, somos seres normales y morales, porque en nuestras casas nos inculcaron sanos principios. ¿Qué principios se le inculcaron a Jason Forbes? Una madre dipsómana, un padre que nunca trabajó...

—Usted busca atenuantes morales; yo estudio los atenuantes

materiales. La teoría sustentada por Jason Forbes, es que su hermano Nick le propuso el golpe, porque Nick carece de valor, y que éste le aseguró que no había riesgo, y la pistola era de alarma.

—La policía disparó, porque Jason Forbes estaba dispuesto a matar. Es un caso claro, inspector. Y el Supremo dictará de acuerdo con mi sentencia.

Jason Wilcox paseó hasta la una, hora en la que sucumbió a su lucha interna. Provisto del pase, lo mostró al director del establecimiento preventivo donde los procesados esperaban sus traslados a penitenciarías.

Un celador, mientras llevaba al inspector a la celda catorce, sugirió:

—Vaya con cuidado, inspector. Este Jason Forbes es un bruto.

—¡Usted a lo suyo, imbécil! —masculló Wilcox—. Abrir y cerrar puertas.

El celador comentaba después que al citar la palabra «bruto», el inspector había respingado como a la picadura de una avispa.

Wilcox cerró la puerta, y se adosó a ella. En la única litera, sin cordones en los zapatos, sin cinto ni corbata, Jason «Forbes» miró ceñudo al visitante desconocido.

El silencio se hizo opresivo y el inspector tosió, para afirmarse la voz:

—Soy Wilcox, del

F. B. I.

¿Tiene algo que decirme?

—Que se largue, buen hombre.

Era tanto el hostil desprecio de Jason, que el inspector sintió algo semejante a un oscuro remordimiento. Aquel muchacho tenía su aspecto, si bien era más alto, menos basto...

—Por casualidad he leído todo lo referente a su caso. Hay detalles contradictorios. Usted golpea al dueño; ¿por qué iba a disparar contra el contable? La reacción ante la policía, es normal.

—Del primero al último policía, sois unos bestias. ¡Pruebas, pruebas! Mis huellas en una pistola, bastan. Las declaraciones del traidor sin nombre, de ese cobarde de Nicle, que reniego por hermano, bastan. Cuanto yo digo, no sirve. Nací para recibir los golpes... Eso decía Polock. «Eres un saco de encajar, Jason». Y cuando mis carnes se asen en la silla, yo sé de dos personas que van

a dormir muy mal.

Wilcox se estremeció. El tono indiferente de su hijo, le producía más efecto que cualquier grito. El sentenciado prosiguió:

—Nick Forbes verá mi fantasma en cada esquina, y morirá de miedo. Y en cuanto al otro... ¡a mi padre!... Vaya con el padre que me tocó en suerte.

—No hable así, Jason...

—¡Hablo como siento, señor! ¿A qué ha venido? ¿A contemplar a la fiera? Todos están de acuerdo en que soy un bruto. ¿Y qué? ¿Saben ellos lo que es recibir escobazos por besos de madre, y tener las orejas desprendidas en el lóbulo por los tirones paternos? ¿Sabe usted lo que es pasar frío, hambre, buscando papeles, abriendo puertas, aguantando insultos, para reunir un medio dólar con que poder dormir bajo techo? ¿Usted qué sabe de todo esto?

El inspector Wilcox avanzó unos pasos, hasta sentarse en el camastro. Murmuró:

—¿Sabe nadie lo qué es recorrer la ribera del Lago cuando el frío viento se cuela huesos adentro, y siente uno escozor en los ojos, y en el pecho, silencio, soledad, abandono? Como un perro...

El sentenciado miró de reojo al que hablaba con la cabeza abatida sobre el pecho. Masculló agriamente:

—No se ponga tierno, buen hombre. A mí ya no me la pegan. También el juez se me puso tierno, y después me encasquetaba la pena de muerte. ¿Y usted, quién demonios le ha dado vela en este entierro?

El inspector Wilcox se puso en pie, hundió las manos en los bolsillos de su impermeable, y anduvo unos pasos, silencioso.

—Pienso que contigo se está cometiendo un fallo. De buena fe, creen todos en que tú mataste al contable. Yo pienso que Cleve Forbes, para salvar a su hijo Nick, te cargó la culpa.

—Diga: usted tiene cara de bruto, pero no parece andar descaminado. Pero ¿a qué me lo cuenta a mí? ¡Sabré yo quién disparó! Que me dejasen una hora a solas con el renegado de Nick, y otro gallo cantaría. El rastrero gusano...

El inspector Wilcox murmuró:

—Voy a visitar a Nick Forbes. Volveré a verte, Jason.

Nick Forbes, muy bien aleccionado por su padre, adoptaba un aire atribulado, de respetuoso muchacho asustado. Miró al

desconocido, que cerrando la puerta de su celda con la ancha espalda, le examinaba con expresión malévola.

—Buenas tardes, señor —dijo Nick Forbes, poniéndose en pie.

—Hola. ¿Qué edad tienes, Nick?

—Veinte años y doce días, señor.

—¿Oíste hablar de Caín y Abel?

—Eran... los dos primeros hermanos del mundo, señor. Dice mi padre que Abel cultivó el primer jardín, y Caín fundó la primera ciudad.

—Sabes mucho. ¿Y si tanto sabes, no se te ocurrió pensar que siendo tú el menor, salvabas a tu hermano, declarando que tú fuiste el que disparó contra el contable?

—Mi padre me enseñó a no mentir nunca.

—Tu padre es un granuja redomado, y tú eres digno hijo suyo. Escucha Nick... Aun estás a tiempo. Declara que disparaste contra el contable, y como eres menor, el Supremo...

—¡La verdad es la fortuna del pobre! —exclamó, virtuoso Nick Forbes. Retrocedió angustiado, al ver que vuelto en revés el puño izquierdo, el inspector Wilcox avanzaba hacia él.

Se contuvo Jason Wilcox, para gruñir:

—Pagarás caro este crimen, Nick Forbes. Cuando ajusticien a tu hermano, en cada esquina se te aparecerá la sombra de Jason.

—Mi conciencia está tranquila, señor. Lamento lo del pobre Jason, pero evité que se matara a los policías.

Jason Wilcox abandonó la celda, y por espacio de unos minutos, titubeó delante de la que encerraba a su hijo. La señaló, y entró, cerrando con las espaldas la puerta, maquinalmente, según acostumbraba.

—Has presumido de nunca chivarte, Jason —dijo en voz baja, acercándose.

—Lo hice cuando vi lo rastrero que era Nick, el muy traidor...

—Tan pronto el Supremo confirme la sentencia, te trasladarán a la Penitenciaría. Me consta que eres inocente del asesinato. Libre, lo podrías demostrar.

El sentenciado contempló extrañado al que así le hablaba, que en lucha íntima, prosiguió:

—En veinticinco años de servicio, nada tengo que reprocharme por lo que incumbe a mi deber. Yo sabré cuándo el coche celular

vendrá a recogerte. Te esposarán, y en la caja del celular encontrarás una lima y una ganzúa bajo el cuero del asiento donde le asegurarán las esposas. Podrás huir... y si te das maña, los Forbes cantarán la verdad. Cuando lo consigas, entrégate, para responder del atraco. Pero fíjate bien, Jason... No mates, no mates... porque entonces yo mismo dedicaría mi vida entera en darte caza. Escaparás para demostrar tu inocencia.

El muchacho, atónito, balbució:

—¿Por qué, señor, por qué es usted el primero que...?

Febrilmente, el inspector atajó brutalmente:

—¡Calla! Harás lo que te digo. Y te entregarás, cuando con testigos, logres que Nick, en libertad, confiese. Será difícil, porque pondrán custodia a los Forbes. No valdrá nada escrito, porque dirán que lo arrancaste a la fuerza. Debes conseguir que hable Nick en charla, y alguien de honradez reconocida, escuche sin ser visto. Después, te entregarás, ¿estamos?

—Gracias, señor. Usted sí que es bue...

—¡Calla!

Y Jason Wilcox abandonó la celda. Fuera, se secó el sudor de la frente, y comentó:

—Duro de pelar este chico. No cabe duda que es culpable.

Ochenta y seis días después, al atardecer, dos policías uniformados, acompañaban al juez y defensor. Se le leyó a Jason la sentencia de muerte. Firmó, y el juez hizo una señal a los dos policías, que tocaron en los hombros a Jason.

Uno de ellos le colocó las esposas. El otro, le empujó fuera de la celda, hasta un patio, donde aguardaba el coche celular.

Abrieron la portezuela posterior, y entró Jason, al que sentaron, ajustándole las esposas al borde del asiento.

Cerraron, y los dos policías ocuparon el asiento delantero, separado por una rejilla de la caja posterior.

Jason tanteó con los dedos bajo el cuero, ansiosamente. En sus yemas arañó la sierra dentada. El motor en marcha, impedía oír la mordedura de la recia lima.

De vez en cuando, el que acompañaba al conductor volvía la cabeza. Veía al que sería llevado dos días después a la silla eléctrica, inmóvil.

La lima especial, fraccionó un eslabón de las esposas, y las dos

manos quedaron libres entre las piernas. La diestra cogió la ganzúa.

Tendió Jason el brazo, introduciendo la horquillada cabeza de ganzúa en el cerrojo. Chirrió el muelle, bajo la presión de la herramienta al girar.

—¡Alto! —gritó el acompañante del conductor, volviendo la cabeza.

Abierta la puerta, Jason saltó. El disparo silbó, pero ya corría con toda la rapidez de sus piernas.

Los frenos bloqueados del celular, lanzaron un agudo rechinar. Los dos policías disparaban...

Jason corría a bravos del campo, con ansiedad, saltando, gruñendo, resollando, como una fiera acosada.

No se había olvidado de colocar en su bolsillo la lima y la ganzúa. Colgaba de cada muñeca el anillo con los eslabones. Sangraba su piel.

Sabía que aquella carretera era la del norte. Ya no oía los disparos, ni veía la luz de las linternas, mientras se alejaba en rauda carrera del sitio donde saltó del celular.

Casas de campo, prados, granjas, senderos con matorrales desfilaban. Tenía los pulmones a punto de reventar.

Pero seguía corriendo sin cesar, hasta que llegó a la ribera de un río: el Illinois, cerca de sus fuentes.

Divisaba a lo lejos y al norte las luces de una ciudad: Evanston. Al este y sur, otro poblado, menos populoso: Joliet.

Cruzó el puente rústico tendido sobre el río, pisando el verde pasto hasta que descubrió la casita, junto a la cual había un establo.

No podía correr más. Hasta el amanecer podría tratar de refugiarse en aquel establo. El frío era cortante, y cuando penetró en el oscuro establo, el calor le acogió con grato efluvio.

Sentía una sed horrible, y le parecía que su caja torácica iba a estallar.

Se acercó al pesebre. Cinco vacas, cabeceaban, molestas en su sueño. Buscó un abrevadero, algo con qué saciar el fuego de su garganta y los quemantes resuellos de su pecho.

Jarra tras jarra, en la penumbra, introdujo en ellas la mano. Estaban vacías. Calculaba que debía haber corrido unos diez kilómetros...

Sacó la lima, y procedió a desprenderse los anillos delatores. Lo

consiguió al cuarto de hora, y escondió los dos aros de metal, con sus eslabones, en un jarrillo colgado de una columna de madera.

Tenía sed, una sed que nunca había sentido. Ya no mugían las vacas. Abandonó el establo, yendo hacia la casa. No tenía luz alguna, por delante. Sólo atrás, un reflejo de luz, y a medida que se acercaba, percibió también sonido apagado de música.

Se quitó los zapatos, y, con ellos en la mano, avanzó, hasta quedar adherido a la pared de madera posterior, junto a la ventana cerrada, que dejaba atravesar la luz, y la música de la radio.

Miró. Era una salita rústicamente amueblada. Una mujer, vestida con una bata roja, en chinelas, tendida a medias en un diván, leía una revista.

Más allá de la salita, se veía por el abierto umbral una cocina... Destacaba la blancura de una nevera.

Calzóse Jason los zapatos. Muerte, libertad, todo desaparecía ante aquella nevera. Olvidaba que a cincuenta pasos estaba el río...

La mujer, opulenta de cuerpo, se incorporaba de vez en cuando para dar vuelta a una de las manijas de la radio.

Jason tanteó la puerta. Introdujo la ganzúa giró, y saltando al interior, hundida la mano con la ganzúa en el bolsillo, conminó:

—¡Quieta y no pasará nada!

CAPÍTULO IV

La mujer saltó despavorida, emitiendo un chillido incontenible. La radio retransmitía «el cuarto de hora del ama de casa».

—¡Calla, condenada! —Gruñó Jasen, avanzando unos pasos.

Su actitud daba a entender que en el bolsillo llevaba una pistola. La mujer volvió a caer sentada, y juntas las manos suplicó:

—¡Dios mío! No me haga daño, no me haga daño...

Era hermosa, a su modo; un estilo vulgar, provocativo. Aquello y el desarreglo de su bata, aumentó la sed de Jason, que quitándose la mano del bolsillo, manifestó:

—Tengo sed y hambre. ¿Quién hay en la casa?

—Mi marido está en la ciudad. Volverá a las diez, como de costumbre. No me haga daño... Yo soy una buena chica... Le daré lo que pida... No tengo en casa más que ciento doce dólares...

—Agua fresca, pronto. Y cuidado con las triquiñuelas. Anda con tiento, y si te portas tranquilamente, no te pasará nada. Echa a andar hacia la nevera... Y si viene alguien, me las pagas.

—Estoy sola.

Echó andar hacia la contigua cocina, acercándose a la nevera. Jason se sentó, fatigado, en un escabel, tras la mesa, mientras ella abría la puerta de la nevera.

—Agua, y carne o lo que tengas para comer.

Ella sacó el cilindro helado, y vertió en un jarro, colocándolo sobre la mesa. Después fue vaciando en varios platos latas de carne, de salmón, de fiambres... Temblaba, pero iba recuperando la serenidad.

—Siéntate aquí, que te vea —gruñó él.

Jason había bebido la mitad del jarro. Veía las dos puertas. La radio daba ahora la receta de «unos calamares con salsa al ajito y apio».

La mujer susurró:

—Está usted herido.

Se miró Jason las muñecas llagadas por la lima. Refunfuñó:

—Son las ocho. Tengo las piernas cansadas. Será mejor que me avises si ha de venir alguien. Digan lo que digan, yo no soy un criminal. Me he escapado, pero no soy un criminal.

—Mi marido llega siempre hacia las diez.

—Por el bien de los dos, para evitarle un mal trago a tu marido, no me engañes.

—Juro que es la verdad. Los viernes y martes va siempre a Joliet con coche. No vuelve antes de las diez, lo más pronto.

—Te estás portando bien. No chillas ni tienes cara de hipócrita. Me llamo Jason Forbes...

—¡Jason Forbes!... Bien, leí el caso. Mala suerte.

—Escucha; si no quieres tú tenerla mala, tranquilita. Has hablado de ciento doce dólares. Fíjate bien, que te pido cincuenta prestados, porque me he escapado. *Prestados*... Te los devolveré. Pero ya la vida me ha enseñado a desconfiar. ¿Sabes, escribir?

—Sí —contestó, sorprendida.

—Coge papel y pluma, y extiende un recibo que diga: «He prestado a Jason Smith cincuenta dólares, que me girará a fin de mes». Lo escribes, lo firmas, y me lo das. Escribe otro, diciendo: «He recibido de... como te llames... cincuenta dólares que me comprometo a devolver a fin de mes». Te lo firmaré. Las cosas así, para evitar que luego digan que te atraqué.

Ella se levantó, brillantes los ojos. Sonrió amablemente:

—Yo no soy una chica capaz de delatar. Me llamo Marjorie. Antes vivía en el East de Chicago...

—Luego me lo cuentas —atajó ya más calmado, Jason—. Trae ahora los dos papeles y con qué escribir. Ojito.

—Allí mismo, en aquella mesa, guarda mi marido todo lo...

—Trae.

Ella quedaba visible al abrir el cajón, pero Jason estaba tras ella, prevenido.

El cajón mostró un cestito con billetes y monedas, libros de cuentas, un tampón, un tintero y varias plumas y lápices.

—Desconfiado... —sonrió ella—. ¿Creías que sacaría ahora un arma?

—Por si acaso —dijo Jason, casi amable.

Aquella chica se estaba portando magníficamente.
Marjorie se sentó, y empezó a escribir:

«He recibido de Marjorie Burton, un préstamo de cincuenta dólares que devolveré a fin de mes».

Jason cogió la pluma, y ella indicó:

—Mejor que firmes, por ejemplo, Jim.

—No. Firmaré Jason.

Poco después, Marjorie Burton tendía el otro escrito a Jason, y señalaba la cocina:

—Te quedaste con hambre, Jason.

—Sí. Eres buena chica, Marjorie. Lo tomas con mucha calma.

—Yo soy así. Primero, claro, me diste el gran susto, pero luego, al escucharte, he adivinado que no eres un criminal.

En la cocina ella sacó un medio jamón, riendo:

—Puedes fiar; es de casa.

Cogiendo el cuchillo, Jason cortó una loncha. Mientras comía, ella se sintió confidencial:

—Yo bailaba en el «*Baby*», cuando conocí al que iba a ser mi marido. Tiene cincuenta años, y es muy aburrido.

—No haberte casado.

—Oh, claro... Pero yo me casé porque quería un techo y una seguridad de tener cada mañana los cinco para comer. Llevo aquí tres años, y esto es la muerte, Jason.

—No haberte casado.

—Mi marido es sucio, avaro y regañón.

—No haberte casado. Mejor estás aquí que enseñando las piernas y pasando hambre.

Miró el reloj que, sobre una repisa, marcaba las ocho y media.

—Queda tiempo. Por aquí no te buscarán, Jason. ¿Oímos las noticias? A lo mejor hablan de ti.

Cinco minutos después, el locutor anunciaba, después de leer el noticiario político:

«A las siete de esta tarde, al ser trasladado a la Penitenciaría de Grant, se fugó el sentenciado a muerte, Jason Forbes, en la milla tres de la carretera norte. Al parecer debe ocultarse en una zona comprendida entre

Evanston, Joliet y Kankakee. Patrullas policiales recorren la comarca en su búsqueda. Recomendamos a los automovilistas que no se detengan si algún caminante les hace señas, obedeciendo tan sólo a los señales de las parejas motoristas. La descripción física de Jason Forbes, es como sigue: Un metro setenta y siete. Peso, alrededor de los setenta. Negro el cabello rizado. Ojos negros. Nariz corta y algo aplastada. Facies de boxeador. Frente estrecha. Viste pantalón gris de franela, jersey gris, americana marrón a cuadros, zapatos marrones. Recomendamos prudencia por tratarse de un condenado a muerte, de agresividad brutal».

Volvió a leer el locutor. Jason cerró.

—Empezó la caza —murmuró amargamente—. Pero no me cogerán.

—Así se habla. «Kid» —replicó ella, empleando el fácil recurso de sus tiempos de tanguista—. Para empezar debes mudarte la ropa. Arriba, está la que emplea mi cuñado cuando viene en la época de más trabajo. Tiene tu estatura, y te irá bien.

—Gracias.

—No hay de qué, «Kid». Yo prefiero a los hombres muy hombres. Ven.

Subió él las escaleras al desván, donde ella abrió un armario, señalando una percha.

—Un mono, la camisa a cuadros, el chaquetón, las botas, el fieltro viejo, y serás un granjero completo. Me volveré de espaldas.

A los cinco minutos dijo Jason:

—Ya puedes volverte, Marjorie.

Ella le miró, aplaudiendo:

—Perfecto, «Kid». Y ahora, vas a hacer una cosa, para darme gusto. Llévate esto.

—¿El qué?

Marjorie Burton señalaba algo en el estante superior del armario. Tanteó él, hasta tocar algo frío, que cogió.

Era una pistola...

—Hay un cargador abajo —indicó Marjorie Burlón—. Lo puedes necesitar, Jason.

—No. Es peligroso esto. Prefiero los puños. Gracias, de todos modos.

Volvió a colocar la pistola, y ella comentó:

—Allá tú. Pero ahora, si te vas a pie, te encontrarán.

—Espero que no.

—Estoy pensando algo mejor. Coge la carretela. Ya no la empleamos más que cuando está averiado el coche. Cargas unas jarras detrás, y aquí tienes un documento de mi cuñado.

—No sé cómo agradecerte... Es raro, Marjorie. También hubo una persona que no me era nada, como tú, que se portó mejor que mi propio padre y mi hermano.

—Tus ojos tenían mucha pena cuando escuchabas la radio, «Kid». Y yo soy una chica sensible.

Descendieron. El reloj marcaba las nueve y cinco, cuando Jason, que estaba estudiando el plano que le había dado ella, comentó:

—Ya sé por dónde iré. Pero ahora ya he abusado bastante.

—Descansa un poco más. ¿Te bastan los cincuenta?

—Sí.

—Córtate otro poco de jamón —dijo ella, secando con un trapo el mango del agudo y ancho cuchillo de cocina.

—Bueno. No viene mal para la excursión. Y gracias a cierta persona y a ti podré demostrar que soy... Bueno, ya lo sabrás a su tiempo. Y será mejor que no digas nada de todo esto.

—¡Anda, éste! —rió ella—. ¿Me crees tonta? Por esta boquita no entran moscas. Y si me giras los cincuenta, pon un nombre cualquiera. Mi marido es celoso, sin motivos... Es celoso de mi pasado, pero es lo que yo le digo: «Mira, nene, tú no me pediste la mano en un convento». ¿No te parece, «Kid»?

—Mientras con él te portes bien, no debe quejarse.

—Eso es. ¿Te vas ya? —dijo ella, mimosa.

Molesto, Jason asintió con la cabeza. Marjorie le parecía una buena chica, pero no le gustaba que coquetease con él.

—Vamos al establo. Te ayudaré a colocar el caballo.

En el establo, pronto quedó la carretela atelada, y fue transportando Jason varias jarras.

—Si te paran por el camino, di que vas a Klein, a la factoría de Puppet.

De pronto, Jason sintió contra él, la tibieza del cuerpo femenino,

y en rededor de su cuello los dos brazos desnudos, mientras contra su boca se aplastaba la de Marjorie Burton, que murmuró:

—Gracias, «Kid».

La apartó él con rudeza, gruñendo:

—No me gustan estas bromas, nena. ¿Y gracias de qué?

—Me diste una emoción grande, «Kid».

—Respetas a tu marido, y tendrás pocas emociones, pego una casa y la pitanza segura. Adiós... ¡y buena suerte!

Dio a las riendas, abandonando el establo. Sabía ya el camino a seguir. Unos senderos hacia el lago.

Marjorie Burton volvió a su diván, encendió la radio, y ojos cerrados, sumióse en honda meditación.

A las diez y cinco, entró Albert Burton, cincuentón áspero, hombre de campo de mal carácter, pero que sucumbió en su visita a Chicago, a la juventud atractiva para él de la vulgar Marjorie.

—Hola. ¿Diste el pienso?

—Claro, nenín.

—Pareces asustada, estás algo rara...

—La radio dice que se ha escapado un condenado a muerte.

—No escogerá esta casa para esconderse.

—Pero por si acaso, mejor que durmamos con la pistola cerca, queridito mío.

—Mientras voy por ella, caliéntame un poco de leche, y prepárame unos emparedados.

Marjorie, en la cocina, no usó el cuchillo empleado por Jason para cortar el jamón. Cuando apareció su marido, ella le tendió el tazón.

Sentóse él, y adusto gruñó:

—Te gustaría que se presentase el escapado y me matase, ¿no? Así cobrarías el seguro.

—O me matara a mí y lo cobrarías tú, nenín. Es a nombre de los dos. Pero, eres muy malito con tu nena, Berto. Yo te confieso que a veces me aburro, pero te quiero y nunca encontraré un hombre muy hombre como lo eres tú.

—Eso sí —dijo, satisfecho, el granjero—. Soy muy distinto a los relamidos ciudadanos.

Sentóse ella en sus rodillas, y él la abrazó. Rodeó ella con la diestra un trapo colocado sobre el mango del cuchillo, y lo hundió

en el costado, a media altura del pecho.

Saltó de las rodillas, y salió corriendo. Revolcándose, Alberto Burton, logró sacar su pistola. Disparó a ciegas, en la agonía...

CAPÍTULO V

El inspector Wilcox, a las ocho de la mañana, compró en su kiosco habitual, la Prensa de Chicago.

Fue al bar donde desayunaba, y desdobló el más sensacionalista: el «Daily News».

Sus manos se crisparon en rededor de la ancha plana primera... Había una foto de Jason «Forbes», ocupando el lugar principal, bajo unes grandes titulares:

«JASON FORBES, EL FUGITIVO, MATA A UN GRANJERO DE
JOLIET».

«Ayer larde a las siete, el coche celular trasladaba al condenado a muerte Jason Forbes, autor del asesinato del contable Preekler. No ha sido puesto todavía en claro, cómo consiguió huir del celular, en cuyo asiento, había rastro de sangre. La opinión que estima posible que dotado de gran fuerza rompiera sus esposas, ha sido desvirtuada por los mismos policías que le daban escolta. La puerta del coche, fue abierta por Forbes con ayuda de una ganzúa.

»Hacia las diez y quince, Marjorie Burton, esposa de un honorable granjero de las afueras de Joliet, llegaba exhausta y presa de fuerte excitación nerviosa a la granja de unos amigos.

»Sus entrecortadas declaraciones, han sido puestas en claro por los agentes de investigación. Hacia las diez y cinco minutos. Alberto Burton, regresando de Joliet y alertado por la noticia de la evasión de Forbes, subió al desván, donde recogió una pistola. Al bajar a la cocina, donde su esposa Marjorie, preparaba la cena, irrumpió

Jason Forbes. Alberto Burton disparó, pero el maleante, ileso, asió un cuchillo que estaba sobre la mesa, hundiéndolo en el costado izquierdo de Burlón, causándole la muerte.

»Marjorie Burton huyó, y en su ausencia Forbes, se llevó la ropa de un hermano de Burton, así como el dinero, que sumaba ciento doce dólares, y que estaba en un cajón. Montó en una carretela, y se supone que ha logrado atravesar la frontera. La Policía Montada del Canadá, interviene para la captura de este peligroso asesino. La carretela apareció abandonada en el sendero oeste de Elgin. Muy cerca se hayan los islotes y pasos que dan acceso al Canadá.

»La opinión popular reclama la inmediata captura de Jason Forbes, un criminal sin perdón, que mató a dos seres inocentes, en torpe vesania brutal».

Otros periódicos citaban las huellas de Jason Forbes en el cuchillo, en el armario del desván, en la mesa de la cocina, en la salita.

El inspector Wilcox pidió ser recibido por su superior y su aparición ante el superintendente, suscitó el comentario extrañado:

—Tiene usted fiebre, Wilcox. Le arden los ojos.

—He dormido mal, señor. No tengo actualmente misión alguna, y desearía me concediese usted el privilegio de dar caza a Forbes.

—¿Forbes?

—En Chicago. Ve a, señor.

Instantes después, el Superintendente comentaba:

—Un caso extraño. ¿Cómo pudo fugarse del celular?

—Lo aclararé, señor; se lo jaro. Y no descansaré hasta que Jason Forbes esté en la silla eléctrica.

—Su celo le honra. Ahora le extenderé la licencia con atribuciones plenas para las pesquisas relativas a la captura de Forbes.

Al anoecer, el inspector Wilcox oía al inspector de Joliet, el relato completo, y examinaba las pruebas clasificadas.

—Quisiera hablar con la viuda.

—Se fue a Chicago. Teme una posible vuelta de Forbes, y además, tiene los nervios destrozados. Ésta es su nueva dirección.

En el Hotel Acacia, Marjorie Burton, vestida de negro, taponando sus ojos con un pañuelo húmedo, acudió al recibidor donde esperaba el inspector Wilcox.

Se estremeció, y dijo lánguidamente:

—Perdone, pero al verle de pronto... me recordó al vil canalla que... mató a mi pobre Albert. Un hombre que siempre fue para mí el mejor de los maridos.

—Serénese, señora. He venido tan sólo para poner en claro dos puntos. Usted indicó que serían las diez y diez, aproximadamente, cuando Jasen Forbes entró en la cocina. Usted llegó a las diez y veinte a la granja vecina, y a las diez y veinticinco, en la cocina entraban los dos granjeros. Ahora bien, ¿cómo pudo en quince minutos, Jason Forbes desconocedor de cuánto componía el interior de su casa de usted, cambiarse la ropa, coger el dinero, atelar la carretela, abandonar la granja, después de haber bebido en un jarro que sacó de la nevera, y sobre todo... cómo no la persiguió? Un asesino que sabe que irá a la silla eléctrica, no se detiene ante un crimen más o menos.

—Yo sólo sé lo que vi.

—Es molesto lo que tengo que decirle, señora. Usted cobrará un seguro de veinte mil. En Joliet, nadie ignora que su marido era muy celoso. Antes de conocer a Albert Burton, usted bailaba en el «*Baby*», donde precisamente las coristas no suelen ser artistas honorables.

El llanto de Marjorie fue esta vez sincero y acongojado. Entre sollozos, hipó:

—Me suponía que... la policía me molestaría... No me basta haber perdido el mejor de los maridos...

—Perdone. Supondremos pues que Jason Forbes preparó la carretela y se mudó la ropa antes de la llegada de su esposo. Disculpe, pero es mi triste deber tratar de dejar bien sentada la estricta culpabilidad de Jason Forbes. Ya no me quedan dudas. Ahora quisiera pedirle un favor. Jason Forbes es de la clase de los que no perdonan a los que les delatan. Como es posible que viniera a intentar perjudicarla, dos hombres del

F. B. I.,

la vigilarán, hasta que yo capture al criminal.

A la medianoche, el inspector Wilcox se entrevistaba con Nick

Forbes que no había abandonado el recinto de comisaría, desde que averiguó que Jason se había escapado.

—Aquí dentro nada arreglarás, muchacho —dijo el inspector.

—Usted fue el que quería que yo defendiera a ese asesino.

—Era cuando creía que era inocente, pero ahora sé qué clase de fiera es Jason. ¿Tú querrás ayudar como ya lo hiciste en el club, verdad, muchacho?

—Sí, señor.

—Vas a volver a tu casa. Dos de mis mejores sombras, cogerán a Jason si intenta meterse contigo. Por donde vayas, Nick, mis dos sombras garantizarán tu seguridad. Y si gracias a ti, cogemos a Jason, te ganarás la prima ofrecida. Cinco mil dólares.

Nick Forbes aceptó. A la mañana siguiente, el inspector Wilcox lograba, por fin, la dirección de Cleve Forbes, que en una hostería al sur de Illinois, residía desde hacía varios meses.

Lo encontró dedicado al inofensivo pasatiempo de pescar el salmón, sentado en la ribera del Illinois.

—No te asustes, Cleve, Tú cumpliste lo que te pedí. Has sido tan amable que ni siquiera contaste lo nuestro.

—Mi palabra es oro de ley, sargen... inspector.

—Escucha, Cleve. Primero creí en la inocencia de Jason, pero ahora ya sé que hace veintiún años, tenía yo razón al considerar un asesino a Jason. Tengo que llevarle a la silla eléctrica. Y tú vas a volver a tu chamizo. Hay una prima de diez mil, de los cuales cinco cobrará Nick, al que he puesto dos sombras. Otras dos, te vigilarán a ti. Tarde o temprano, dentro de años, meses o semanas, Jason aparecerá, y lo cogeré. Cobrarás cinco mil.

—Yo siempre al servicio de la Ley, inspector. ¡Quién había de decir que Jason saltera tan...!

—Los comentarios puedes ahorrártelos. Haz las maletas, y a tu pocilga.

Jason Forbes abandonó la carretela a las dos de la madrugada, y a pie atravesó los pasos entre islotes. Era indudable que lo buscarían por el Canadá.

Al amanecer se hallaba en el tren que terminaba su recorrido en la gigantesca estación este de las afueras de Chicago.

Vestidos como él, había centenares procedentes de todos los

puntos de Illinois y que acudían al *Stock Yards*, el mercado de ganado, sede de los mataderos.

No era amante de leer, Pero mientras desayunaba, vio un periódico sostenido por un ganadero, y reconoció su fotografía.

Media hora después, en un prendero cambiaba su ropa por otra. La cabeza le bullía en efervescencia. Sabía que si en aquel mismo instante, aparecía ante él Marjorie Burton, la estrangularía...

Ahora comprendía la amabilidad de aquella mujerzuela, que se valió de su desamparo, para desembarazarse de un marido aburrido y viejo.

Tenía en el bolsillo superior del chaquetón el recibo... Pero ¿de qué le servía? ¿Iría a ver al inspector que le proporciono lima y ganzúa?

De nuevo, las pruebas estaban contra él. Sus huellas en el cuchillo, en el jarro, en las mesas, en el armario...

Tenía que elegir entre huir muy lejos, y ser siempre un perseguido temiendo a cada instante caer acribillado al menor gesto de defensa, o correr todos los riesgos y...

Se detuvo ante un escaparate. El frío permitía alzar las solapas del chaquetón, y hundirse el fieltro. Pero le podían reconocer de un momento a otro.

Necesitaba cuanto antes verse ante Marjorie... Tembló de rabia. Era seguro que ella estaría custodiada, al igual que los Forbes.

Abatido, formó en una cola, que esperaba para ser enlistada en la carga de los camiones frigoríficos que llevaban carne de Chicago a todos los Estados.

Tenía que encontrar un medio para llegar hasta Marjorie y Nick Forbes sin caer en manos de la policía.

Su cerebro no le ayudaba. ¿Cómo podía demostrar su inocencia en los dos casos? Deseó morirse, descansar, abandonarlo todo. La mala suerte que le hizo víctima de Nick Forbes y de Marjorie Burton, no podía cambiar.

Un capataz gruñía, lápiz en ristre:

—Toma esta chapa. Camión nueve, ruta Oklahoma. ¡Venga ya, atontado! Coge esta chapa.

Maquinalmente, Jason cogió el escudo metálico, que decía «Oklahoma». Avanzó al interior del gran patio, e hizo como el que le precedía; que iba gritando:

—¡Camión ocho, camión ocho!

Un individuo que revisaba el juego de cuatro ruedas traseras de un largo camión, le miró enojado:

—Tu chapa dice camión nueve, palomino. ¡Aquél!

El camión nueve fue recibiendo los sacos conteniendo reses descuartizadas y rígidas por el proceso de frigorificación. Era un trabajo desagradable, porque el camión rezumaba helado ambiente, y los sacos helados aterían.

A las doce, el conductor cerró la puerta doble. Tocó en el hombro a Jason.

—Eres nuevo, pero tienes buenos músculos. No has dicho una sola palabra, y en cambio has metido ochenta sacos en el mismo tiempo que el otro empujó cuarenta y seis. Se lo he dicho al capataz. Me convienes para la descarga. Cuanto antes descargamos, antes podemos tomarnos unas copas. Si te apetece, puedes llegarte conmigo hasta Oklahoma.

Jason asintió con la cabeza. El camionero rió:

—¡Ni que fueras mudo! Sube.

En la carlinga, el conductor, poniéndose los guantes, comentó:

—Se está mejor, ¿eh? Un calorífero. Puedes dormir, si tienes sueño. Comeremos en Des Moines.

El poderoso «Stewart 76» arrancó. Jason reclinó la cabeza en la esquina, y se durmió profundamente, agotado.

Cuando abrió los ojos, era de noche, y los faros del camión iluminaban el asfalto de la carretera. El conductor manifestó:

—Un buen sueño alimenta. No te desperté. Comerás en Oklahoma. Llegaremos a las once de la noche. Este camión saca las ciento veinte. Es algo serio. Oye, tienes una cara que me recuerda no sé qué. ¿Por un casual tú le dabas al guante entre cuerdas?

—Boxeé en Chicago.

—Vaya... Ya veo que no eres mudo como me temía. Me llamo Taylor, y soy de Oklahoma.

Taylor invitaba así a su acompañante a presentarse. Los faros iluminaban una pancarta en un cruce, cerca ya de la línea divisoria entre los Estados de Kansas y Oklahoma, señalando con tres flechas en opuesta dirección distintas ciudades:

—Scott —dijo Jason Forbes—. Gene Scott.

—Es un trabajo pesado, de acuerdo, pero bien pagado. Diez dólares por día, cobrados en el *Stock* de Oklahoma, donde llegamos a las once. Nos ayudan a la descarga, y a la una, más o menos, vamos a dormir. Tenemos un día libre alterno. Mañana, por ejemplo, libre, hasta las ocho de la noche, en que cargamos pienso, y a las nueve en ruta hacia los Yards, llegando hacia las nueve, vuelta a cargar carne, marcha a las doce... ah, y se me olvidaba. El desayuno en los Yards, pagado. El almuerzo en Des Moines, pagado, la cena en Ponga City, pagada, y el tentempié en Oklahoma, ídem de ídem... Total, que aunque no lo quieras, ahorras dinero.

—Me gusta, Taylor.

—«Okey», pues, Scott —rió el camionero. Era un hombre de unos treinta años, fuerte, no mal parecido. Su ropa demostraba que una mano femenina la cuidaba—. Dentro de media hora llegamos a Ponga, y allí lastramos. ¿Conoces estos terrenos?

—No he ido más allá del Lago Michigan por el norte y del South Side.

—Vaya, entonces verás mundo y encima pagado.

Empezaba ya la llanura de Oklahoma, la comarca donde el tiempo cambia con rapidez vertiginosa, acreditando el corriente proverbio, citado a los que visitan Oklahoma por vez primera:

«Si no os gusta este tiempo, esperad un minuto». Al chubasco, sucede el sol, y a la calma de modorra, nubes repentinas de polvo arremolinado por brusco viento.

La carretera se jalonaba ya con las altas torres, denotando la gran riqueza de la región: el petróleo.

Fue explicando Taylor que en el estado de Oklahoma había veintisiete «reservas», en las que residían unas treinta tribus indias. Los antaño peligrosos Cherokee, Apaches, Comanches, eran ahora pacíficos ciudadanos.

Y en 1926 al surgir petróleo en abundancia en sus terrenos, los de la tribu de los Osages se hicieron multimillonarios. Cada Osage en su «reserva» recibió, desde 1926 a 1935, fuera hombre, mujer o niño, mil dólares por año y metro cuadrado de terreno que antes de surgir el oro negro, lo había atribuido el jefe de tribu.

Hubo indio Osage que se encontró con una fortuna que sobrepasaba los sueños más fabulosos. Se citaba el caso de

Chickhasa, el Osage, que hizo construir para él y sus hijos, bañeras de oro macizo, en las que dormían envueltos en sus mantas. Otros, al averiarse su «Packard», lo abandonaban en la carretera, yendo a comprar un «Lincoln», desdeñando volver a emplear el abandonado.

Después de cenar en una cantina, donde Taylor se conducía como viejo cliente, al reemprender la marcha, vieron las altas torres metálicas, que se apretaban cada vez más por ambos lados de la llanura.

Y Oklahoma City apareció con sus numerosos hangares, oleoductos, torres y quemaderos. El olor a alquitrán circundaba los edificios, en uno de los cuales, un amplio garaje repleto de camiones, comunicaba con el *Stock*, el Mercado General que recibía los productos de otros Estados, a trueque de piensos y derivados del petróleo.

Al terminar la descarga, Taylor recogió dos botellas de cerveza y llenó su caja de lata con bocadillos. Tendió una botella y varios bocadillos a Jason.

Abandonaron el garaje, y Taylor, masticando y bebiendo sin dejar de andar, anunció:

—Dormirás en la fonda de la vieja Beryl. Estarás a gusto. Dejas toda la ropa en la puerta, por fuera, y cuando te despiertes, la tienes limpia y planchada.

En una habitación amablemente acogedora, y después de haber dejado su ropa fuera en un estante a eso destinado, Jason se arrebujó entre las tibias sábanas, bajo dos ligeras mantas de lana. La botella de agua caliente en los pies, era una novedad, y la limpieza de aquella habitación, un lujo desacostumbrado.

Era extraño, pero el modo de hablar y la manera de ser de Taylor, le infundían una sensación desconocida también: la amistad. Ya no se encontraba tan desesperado.

Hasta entonces sólo había tratado gente como él, endurecida, insensible. Y Taylor le parecía un habitante de otro planeta. Un hombre contento de vivir, sin rencores, enamorado de su trabajo, tranquilo y sin envidias.

Pero no quería hacerse ilusiones, porque ya había recibido demasiados desengaños. No podía confiar en nadie, y a cada instante podía surgir el policía que le reconociera.

Trataría de ser cuantos más días posible «Gene Scott», dejando

para más tarde el enfrentarse con Nick Forbes y Marjorie. Pero ¿y si en este tiempo de espera, lo cogían?

A las cinco de la mañana, abrigado en las dos mantas, iba escribiendo con mucha dificultad, y numerosas faltas de ortografía:

«Yo, Jason Forbes, como me sé que si un polizone se me pone por delante, moriremos él y yo, porque yo no vuelvo a la cárcel, y por ésas lo juro que no vuelvo, quiero que al menos después de muerto, me crean, cosa que vivo veo difícil. Lo sabéis al leerme, porque si leéis eso, es que estoy muerto, porque no me cogeréis vivo. Yo soy inocente, y voy a explicar paso a paso, la verdad entera, desde que el renegado traidor, que parece mentira sea mi hermano, vino a invitarme a cenar al “South Side”».

A las diez de la mañana había terminado de escribir en la libreta que había comprado en la cantina de Ponga City. Cósíó en rededor de la libreta un trapo, y se la ocultó.

Si le mataban antes que se viera con Nick y Marjorie, aquélla sería su venganza, porque los jueces tendrían remordimientos...

Llamaban en la puerta: era Taylor. Le quería enseñar la ciudad. Al mediodía se separaron. Por la tarde, a las siete, volvió Taylor. Ambos estimaban que un garaje era el sueño dorado.

Ya cargado el camión y al emprender la ruta hacia Chicago, dijo Taylor:

—Tendrás que inscribirte en los Yards, Scott.

Era el momento que Jason temía. Procuró adoptar un aire de contrariedad al decir:

—Perdí mi documentación.

—Bueno. Ya te lo arreglaré yo. No sé por qué pero el caso es que yo no me pierdo a un ayudante como tú, por papel de más o de menos.

Y día tras día, noche tras noche, con el camión y la fonda de la vieja Beryl por hogar, y Raymond Taylor por amigo, fue transcurriendo una quincena tranquila para Jason.

La carga y descarga ejercitaban sus músculos, dándole sosiego físico. Conocía ya el menor detalle de las cantinas de Des Moines, Ponga City, los Yards de Chicago y el *Stock*, de Oklahoma.

Seguía sin saber si Taylor era soltero o casado, y, sin embargo, los dos congeniaban. Les motores habían sido siempre la favorita curiosidad de Jason.

Iba aprendiendo la práctica con el mejor de los profesores. Al término de los quince días, Taylor, camino de Oklahoma, manifestó:

—Hay chicas guapas por la ciudad, Gene.

—Por ahora, «nanay». Cuando tenga ahorrados buenos billetes, tal vez, aunque lo dudo. Yo no podré casarme.

—Eso lo decimos todos, pero terminamos haciéndolo. He estado pensando que te saldría más económico que la fonda, venir a mi casa.

—Gracias, Ray, pero no quiero. No lo tomes a mal. Algún día sabrás por qué soy así.

—Nada, hombre, yo no me ofendo. Tú quieres estar solo, pero cuando te canses, cuenta con que mi oferta queda en pie.

Llegaron a la ciudad, y después de la descarga, al separarse, Jason se dirigió a su fonda. Atravesaba ya el zaguán, cuando, sobresaltado, crispó los puños, dispuesto a todo, al ver la sombra que saliendo de la penumbra bajo el arco de la escalera, venía hacia él.

Contuvo una exclamación de sorpresa. Era Clark Pollock, el excampeón al cuál suponía desde un año antes en presidio, por traficante de drogas.

Clark Pollock dijo a modo de saludo:

—Vamos a tu cuarto. «Gene Scott». Tenemos que hablar de cosas muy importantes.

CAPÍTULO VI

La embestida de Jason, fue la reacción que sin duda esperaba Clark Polock, porque los dos primeros puñetazos que asestó con ferocidad Jason, los blocó Polock con los antebrazos, saltando atrás, y extendiendo de nuevo los brazos.

—¡Un momento, Jason! No te conviene armar jaleo. ¡Vengo como amigo! ¡Para, bruto!

Ahora, Jason trataba de buscar el sitio entre la cerrada guardia de Polock para conectar un decisivo golpe. Acorralado, Polock se desplazó a un lado, y sacando con rapidez una automática, a la vez que retrocedía apuntó a su adversario:

—No me obligues a largarte un plomo entre ceja y ceja, animal. Ten presente que como tú, nada quiero saber con la policía. Cálmate, y vamos a tu cuarto. Charlaremos como buenos amigos.

Jason, resoplando, hundió sus puños en los bolsillos laterales del chaquetón. Abrióse una puerta en el rellano alto. Escondió Polock su pistola, mientras asomaba la vieja Beryl.

—Soy yo... y un amigo, señora —gruñó Jason.

—Ah, bien, Gene —dijo, tranquilizada la fondista—. Creí haber oído ruido de pelea. Pero si es usted, estoy tranquila.

Despareció, y Polock comentó:

—Tienes buena fama, Gene. Vamos arriba, y no te pesará. No soy enemigo tuyo, ni mucho menos. Y hasta podré darte noticias que te interesarán.

Subieron juntos las escaleras, vigilante Polock, hasta que entrando en su habitación, Jason se sentó en la cama.

Clark Polock miró en rededor, y cogiendo una silla, se acomodó, apoyando el pecho en el respaldo, junto a la cama.

—Te creí incapaz de tanta listeza, Gene.

—Tú estabas en chirona.

—No me he escapado. Tengo amigos influyentes, y me lograron

una rebaja de condena. Al fin y al cabo, no se me había demostrado nada en claro. Decían que traficaba en «coco». Malas lenguas.

—¿A qué has venido? ¿Por qué me acechas?

—Yo no te espío, muchacho. Verás lo que pasó. Hace dos semanas, me fui a respirar los aires de los Yards. Me gusta el olor a ganado. Te vi, y me dije que eras mucho más listo de lo que me imaginaba. Aplicabas la fórmula del sabio: «Lo que buscas no está bajo tierra, sino encima de la mesa y ante tus narices, y por eso no lo ves». La policía te busca por el Canadá, por California, por las fronteras, pero no se les ocurre pensar que casi a diario te desayunas en Chicago. Eres un tipo inteligente, Gene... Bien, pues te vi, y con tiento, logré saber que eras Gene Scott, el ayudante del camionero Ray Taylor, muy honorable. Que trabajabas muy bien.

—Y tú no vendrás a meterte conmigo, supongo.

—¡Quita allá! Todo lo contrario. Yo me dije, que si estoy en condiciones de ganar un buen paquete, por qué no iba a darte ocasión de ganar unos cuantos miles, fácilmente.

—Eso mismo me dijo el renegado traidor chivato embustero de Nick, y por un pelo no me senté en la silla.

—Nick es un mozalbeta que terminará mal; puedes estar seguro.

—¿Sabes... dónde anda?

—Después te contaré. Y también de una amiguita tuya. Pero ahora vamos a lo nuestro. Primero y principal: yo no soy ningún chivato. Siempre ha sido mi fórmula: «Vive y deja vivir». O sea que lo que te voy a soplar no es un chantaje ni hay amenaza. Si antes saqué la pistola, fue para calmarte.

—Desembucha, Polock.

—Lo que he de proponerte, lo coges o lo dejas, pero tan amigos, tanto si me dices que no, como si aceptas. Eso quiero esté claro. Yo no vengo a amenazarte. No soy de los que van a la policía, ni delata a un buen amigo.

—Conocido y vamos bien.

—Como quieras. Un conocido, que tiene una cualidad. Es callado, y si le dicen algo que no le interesa, se lo entierra.

—Eso sí.

—Te explicaré por qué estaba yo en los Yards: porque además de que me gusta ver triscar al ganado, me interesa el servicio de camiones. Unos magníficos camiones que van al este, sur y oeste,

trazando por los Estados una red completa. Y son camiones conducidos por gente honesta, de entera confianza de las Empresas. Gente, tonta como Taylor, que se contenta con veinte al día, trabajando como un forzado del volante.

—Deja aparte a Taylor. Es de otra clase que nosotros. Es un hombre noble y sin maldad.

—¡Eso es lo bueno! Y a eso le debes que, por el camino, la policía no se meta con Taylor y su ayudante... Gene Scott.

—Abrevia. Tengo sueño.

—Hay un engrasador que se ocupa en revisar el camión. Lo tengo comprado. Él te entregaría cada cinco días, un paquete. Tú lo coges, y le dejas aquí en el garaje de Oklahoma, a otro engrasador. Es sencillo, y claro como la luz del día. Por cada paquete que entregues, cobrarás cinco billetes de cien. Suma, o mejor, si sabes multiplica, en un mes, seis veces quinientos, son tres mil. ¿Qué pasa al cabo de un año? Pues, una multiplicación agradable. Doce veces tres mil, son treinta y seis mil. Me dijo Nick que toda tu ilusión era un garaje. Con treinta y seis mil, tienes el garaje que te hace falta, y te sobran los bastantes billetes para que un médico amigo mío, te cambie la cara.

—¿Qué hay en el paquete?

—Nieve. «Coco». Un polvillo blanco que la gente rica paga muy bien. Es como una medicina para los nervios, ¿sabes? Y además tiene la gran ventaja que el que la toma varias veces, no puede pasarse sin ella. Es un negocio fácil.

—¿Y al que le atrapan con la cocaína, cuánto le cae?

—Catorce años, si es tan idiota como para dejarse coger con el polvo encima. Pero tú eres de los que no se dejan coger.

—Treinta y seis mil al cabo de un año, es mucho.

—Si no los quieres, ya encontraré a otro.

—Pienso en Taylor.

—No ha de enterarse.

—Uno de los tuyos se chiva, y cae también Taylor. ¡Y eso no lo quiere yo!

—Los que forman mi banda no se chivan. Los escojo de los buenos, no tipejos cobardes como el cochinito de Nick. A propósito, te convendría trabajar conmigo. Me interesó mucho tu caso. Yo salí de chirona, unos días antes que tú te fugases. Me encontré con Nick.

No le dejan ni a sol ni a sombra, dos del F.B.I. Y hay un inspector llamado Wilcox, que es una bestia, que ha jurado cogerte.

—Ya sé quién es...

Recordó Jason al que habíale dicho ceñudo: «No mates, Jason... o te juro que yo mismo te llevaré a la silla».

—Y en cuanto a Marjorie, parece que por todas partes te ve. Está como Nick. A la que abren una puerta, pega un salto. También con dos F.B.I. custodiándola. Por lo visto, están convencidos de que tú serás tan estúpido como para ir a visitarles, dando la cara. Hay otros medios, Gene Scott... Hazme caso, trabaja conmigo, y te facilitaré el medio de que tengas a tu disposición a Nick y a Marjorie. La chica cobró veinte mil del seguro del marido... y vamos, debería estarte agradecida.

—¿Dónde está ella?

—La cabra tira al monte. La granja la heredó, así como el dinero, el hermano del marido. Marjorie, que está muy apetitosa, aunque empieza a tener los nervios deshechos, ha comprado el Parador del Canal, un bebedero con coristas, en la ribera del Canal entre Joliet y Aurora. No lo lleva mal. Los dos F.B.I. fingen ser camareros. Tendrás tiempo de verla, Gene. Un poco más de paciencia, y todo se hará. Estoy dispuesto a ayudarte.

—¿Cuándo tengo que contestarle?

—Toma el tiempo que quieras, muchacho. Tengo que terminar algunos detalles. Volveré a verte, en cualquier sitio, dentro de quince días. Me dices, sí o no, con la cabeza. Bastará. Posiblemente, en la cantina de Ponga. Si me das la cabezada, el engrasador te dará el paquetito. Quitas el primer papel, y encontrarás los cinco billetes.

—Me repugna por Taylor.

—No sabrá nada, muchacho. Y no pasará nada. Hazme el favor de considerarme muy distinto a Nick.

—Te metieron por un año en la cárcel.

—Por eso mismo. Allí acabé de aprender los trucos. No hay nada más instructivo que la cárcel. Vas sabiendo por qué cumplen condena, y así no caes en los mismos fallos. Bueno, Gene... Tanto gusto, y muy amigos. Al menos, en ti tengo plena confianza.

Se puso en pie Clark Polock. Murmuró sonriente:

—Además de conocerte, sé que no puedes ir la policía. Cuando tengas cinco mil, te presentaré a un cirujano que te cambiará el

perfil. Podría verte en el Yard algún

F. B. I.,

aunque por ahora te buscan por todas partes menos por Chicago.

A solas, Jason, después de desnudarse, empezó a revolver en su mente cuanto acababa de sugerirle Polock. Si la Ley le había convertido en desesperado, no tenía por qué hacerle remilgos a ganar treinta y seis mil por año, haciendo algo tan fácil como transportar en un bolsillo un paquetito.

Y tenía quince días para madurar su respuesta. Además, Polock le facilitaría el verse con Marjorie y Nick, sin peligros.

A los diez días, Jason, en su día libre, jugaba al billar con Taylor en la cantina de los camioneros, cuando éste le dijo:

—Es ya hora que vengas a probar los guisos de Irene. Te aviso que no la he presentado a ninguno de mis ayudantes, y llevo diez años en la ruta. Le he hablado mucho de ti. Es callada, obediente y tranquila. Nada de estas que compran revistas de cine y modas. Es una chica sencilla, casera y con el seso bien puesto.

Ray Taylor habitaba en las afueras, donde se alineaban casitas rodeadas de pequeño jardín, algo muy distinto a los hacinamientos en colmena de los suburbios de Chicago.

Al llegar los dos, abrió la puerta una muchacha trigueña, de rostro levemente pecoso, nariz respingona, y ojos claros. Llevaba las trenzas anudadas sobre la cabeza y vestía con sencillez.

Ray Taylor dijo con solemnidad:

—Éste es mi amigo Gene.

Ella inclinó la cabeza, y replicó:

—La sopa está a punto, Ray.

En el comedor, todo brillaba de limpieza. Jason comió con apetito, en silencio. Ella iba y venía de la cocina, sirviendo a los dos hombres, Ray Taylor comentó:

—Prefiere comer en la cocina. Es de las que sufren, si leo el periódico comiendo.

Terminada la comida, Jason habló por vez primera, mientras Irene Taylor le servía el café:

—Tengo veintiún años, y hasta este mediodía, no había sabido lo que era una casa, un hogar...

Su voz tenía un contenido temblor, Ray Taylor asintió gravemente.

—Te comprendo, Gene. Oye, niña; saca el licor de cerezas. Lo hace ella, y vale más que cuánto hayas podido probar por cantinas y bares.

Al cabo de unos instantes, Jason masculló:

—Soy un mal sujeto, Ray... Sí, soy un tipo desleal.

Ray Taylor se llevó el índice a los labios, señalando con los ojos hacia la cocina. Después, levantándose, dijo:

—Ahora echa un vistazo al jardín, mientras Irene termina de comer. Estamos en el jardín, niña.

Fuera, Taylor condujo a Jason hasta la parte posterior, donde un cobertizo mostraba herramientas agrícolas y un banco de carpintería.

—¿Qué pasa, Gene?

—Eso quisiera saber... No sé, pero al verte así con tu esposa, he comprendido de pronto, que soy un canalla.

—Bueno, por de pronto, te equivocas, ya que Irene no es mi esposa, sino mi hermana. Yo no me casaré hasta que no tenga el garaje.

—Escucha, Ray... Tú has sido la única persona que me ha dado a entender que hay una vida tranquila, buena, donde se duerme a gusto. Pero ya no puedo vivir así.

—¿Por qué no?

—Voy a irme.

—Hay algo en ti, que no está claro. Sea lo que sea, escúpelo. Una vez, teniendo yo quince años, le robé a mi viejo un dólar. Pasé unos días medio enfermo, hasta que el viejo me dijo que lo que se guarda dentro, envenena. Le dije lo del dólar, y me atizo una paliza, pero chico, ¡qué desavisado quedé!

Jason murmuró:

—Mi viejo me daba la paliza si yo no traía medio dólar, importándole poco si lo robaba. He de irme Hay. Te mentí... Yo no me llamo Gene Scott ni perdí mis documentos de identidad.

Ray Taylor se rascó la cabeza.

—Mejor que te calles, Gene. Yo te conozco como Gene Scott, un chico honesto y trabajador. Nada más.

Apareció Irene Taylor, que al llegar ante ellos, preguntó:

—¿Le agradó la comida, Gene?

—Mucho. Ustedes dos son buena gente... y hubiese yo sido muy

distinto si la suerte, que siempre me ha sido contraria, me hubiera hecho nacer en un ambiente como éste. Se respira sano. Bueno, tengo que irme.

—Vuelva pronto, Gene. Mi hermano le aprecia mucho. Es la primera vez que le oigo elogiar a un ayudante suyo.

—Ya has hablado mucho hoy, niña —dijo Taylor—. Vete a ver si estoy en la cocina.

Ella sonriendo, se marchó. Jason hizo un gesto brusco. Sacó del bolsillo interior de su chaquetón algo que parecía un paquete. Era su libreta, envuelta y cosida en un trapo. Desgarró el envoltorio, y la tendió a Taylor.

Éste leyó en el membrete:

«LOS MUERTOS NO MIENTEN»

«Jason Forbes»

—Lee, Taylor, y después perdóname por haberte engañado. Estaré en la fonda, y a las seis me marchó. Devuélvemela... y por favor, no me tengas rencor.

Se marchó Jason, y en la fonda, boca abajo sobre la cama, pensó en Irene Taylor, la de la nariz graciosa, los ojos nítidos, las pecas que parecían salvado, las trenzas sedosas... Irene Taylor, que hablaba con sencillez, y que sonreía sin intención.

A las cuatro y media, tocaban en la puerta. Abrió Jason, sin prolongar la mirada al demudado semblante de Ray Taylor.

Cerró la puerta, y volvió a echarse. A su lado, en la cama, cayó la libreta. Oyó el chasquear del mechero, y la profunda inhalación de Ray Taylor. Después, el silbido del humo expirado...

—Tú eres Gene Scott, muchacho. Sigue conmigo. El que ha escrito esto, no es un hombre que mata. Será lo que se llama un «bala perdida», pero no por su culpa. Fuiste a atracar, y salió mal. Pero ¿es que tuviste ocasión de trabajar decentemente? ¿Es que tenías una casa y un buen consejo? Sigue conmigo, y no tardaremos en tener el garaje. Escucha, y fíjate en el detalle: Irene no es ninguna niña tonta, y ¿sabes lo que me ha dicho ahora mismo, al venir yo para acá? Me ha dicho palabra por palabra: «Gene ha sufrido, pero es leal y honesto. Ayúdale, que estoy segura que necesita la ayuda de un hombre bueno como tú». Y aquí estoy. No he leído nada, y te llamas Gene Scott.

—No puedo seguir. Dentro de cinco días, un mal sujeto llamado Clark Polock, espera que yo le diga que sí a una oferta. Cinco billetes cada cinco días por transportar un paquete. Si digo que no... ya sé lo que hará. Delatarme, no, porque temería que yo hablase al ser atrapado. Pero en cualquier esquina, o por la carretera, me acribillarán.

Explicó Jason detalladamente la oferta del traficante, añadiendo que en aquel negocio, el que no aceptaba, era suprimido.

—Mala cosa. Si aceptas, se acabó para ti la posibilidad de trabajar tranquilo. Si te niegas, te matan. Sí... pero no puedes ir al F. B. I.

Mala cosa, muchacho.

—Lo mío no tiene arreglo. Me iré, y ya veré el modo de coger a solas al traidor renegado y a la maldita Marjorie.

—Te cazarán, y nada podrás demostrar. Escucha; ¿y si le dices a Polock que te han dado el mes de permiso?

—No lo creerá. Trabajo hace apenas un mes, Ray.

—¿Y si te ves con el inspector que te busca? Le explicas todo... o mejor le das a leer la libreta.

—No me creerá tampoco. Todo me acusa, Ray.

—Has sido leal conmigo, y dejaría yo de considerarme un hombre, si no te ayudo. Y lo que me dijo Irene, me ha hecho mella. ¿Cuántos tipos forman la banda de Polock?

—No sé. Me habló sólo de los dos engrasadores.

Ray Taylor se rascó la cabeza, y por fin, dijo molesto:

—¡Diablos, Jason! Si sigues mirándome así, como un perrazo abandonado, me va a dar sed. ¡Caray! Eso tiene que poder arreglarse. Mira, yo no soy muy despierto, pero Irene vale mucho. Tú no sabes lo que vale la niña. De pequeña, siempre callaba, y de vez en cuando decía algo, y resulta que mis viejos, hacían lo que ella insinuaba. ¿Tienes inconveniente en que ella lea tu libreta?

—Fío tanto en ella como en ti.

—Pues entonces, ven conmigo.

—La muchacha no debe conocer cosas tan feas, Ray.

—Ella es sensata. Vamos, sin miedo, y verás como nos da alguna idea.

Se dirigieron a la casita. Irene Taylor abrió la puerta. Dijo:

—Dentro de media hora está la cena, Ray... Hola, Gene.

—Olvídate de la cocina. Vas a leer esto, con calma, a solas. Trae el licor de cerezas, y aquí estamos.

Jason sudó, pasó frío, bebió, y paseó durante media hora. Cuando oyó el taconeo femenino, crispó las mandíbulas, sin mirar.

Irene Taylor llegóse a su lado, y afirmó:

—Esto lo resolverá el juez Stone.

Ray Taylor se dio una palmada en la frente:

—¡Exacto! No te enfurruñes, Jason. El juez Stone, lleva diez años retirado por la edad. Le gusta el vino, y es muy simpático. Puedes estar seguro que si Irene le habla, él no dirá nada. Y sabe más que la suegra del diablo. Ahora, la cena, que tenemos que trabajar. Mañana por la mañana, le llevas esta libreta al juez Stone, niña.

Jason se encogió de hombros, comentando simplemente:

—Sea lo que vosotros queráis. Y... ojalá el juez Stone sea como vosotros.

CAPÍTULO VII

Edgar Stone, solterón, aborrecía las mujeres, basándose en que, según él, la mujer era el único ser de la creación imposible de entender. Vivía también en las afueras, desde que se retiró, y era frecuentemente consultado por jueces en activo y policías que no acababan de ver claro los casos que tenían que dilucidar.

Sus sesenta y cinco años eran boyantes. Ostentaba una blanca cabellera revuelta, una larga nariz colorada, y unos ojillos vivaces, infantiles.

Sus dos pasiones eran los libros y el vino dulce. Cuando aquella mañana a las once, vio atravesar su descuidado jardín a Irene Taylor, rezongó entre dientes, cerrando el libro que leía, y escondiendo en un cajón de la mesa, el frasco y la copa.

Abrió la puerta, el mestizo indio que le atendía. Entró Irene Taylor, con semblante severo:

—Buenos días, Juez Stone. Un caballero tan ilustrado como usted, debería saber que las flores son...

—Siéntate, y no abuses del privilegio de ser la única mujer de Oklahoma, y del entero orbe terráqueo, con la que consiento alternar.

—Le traigo una libreta escrita por un amigo de Ray. Me gustaría que la leyese, Juez Stone, y mientras, yo le pido permiso para arreglar su parterre de rosales.

—Tienes venia. Desaloja la sala.

El juez Stone cogió la libreta, y empezó a leer, dando frecuentes tientos al frasco. En el jardín, Irene Taylor ayudada por el mestizo Cherokee, espolvoreaba de azufre los tallos infestados de insectos.

Apareció el juez Stone, manos a la espalda, bajo el faldellín de su gruesa bata.

—Líbrame de tu presencia, Cherok. Y tú, debes saber que la vida es un don que nos dieron a todos, y no podemos disponer de ella.

Estos hermosos dípteros de luciente color verde, nacieron para vivir. El rociarlos con azufre es un acto que merece mi más severa reprobación.

—Son mosquitos verdes, y destrozan las rosas.

—La rosa dura un día, y el díptero meses. Estos rosales si son el alimento de estos seres, han de cumplir y alimentar. Vamos dentro, que sopla un gris que corta el forro de las narices.

En su despacho, el juez Stone repicó sobre la libreta.

—El estilo es deplorable, denotando una vasta incultura. El firmante en su confesión revela ser barriobajero.

—La trágica mala suerte de Jason Forbes entristece, juez Stone. Nunca tuvo quien bien le aconsejara.

—¿Le conoces?

—Bajo el nombre de Gene Scott, es el ayudante de Ray.

—Nombre supuesto, empecatada renuncia a entregarse a la justiciera igualdad del fiel de la balanza de la Ley.

—Usted mismo dijo que la Ley no es infalible, juez Stone.

—Tu memoria es ahora inoportuna e improcedente. De los resultandos de esta lectura, considero imprescindible escuchar privadamente al inculpado.

—A las once de la noche...

—Hora en la que me entrego a merced de Orfeo, no está mi ánimo predispuesto a estudiar el renovado y constante abismo de contradicciones que es el alma humana.

—Diga mejor, juez Stone, que a las once de la noche está usted completamente beodo, sea dicho con todo el respeto.

—Con todo el respeto, considerando tu débil condición femenina, te indico la puerta. Mañana a las once, espero la visita de Jason Forbes. Solo.

A las once de la mañana siguiente. Jason atravesaba el jardín, precedido por el mestizo indio, que lo introdujo en el despacho.

El juez Stone señaló el sillón ante su mesa. Con severidad, habló:

—Como exordio, joven, debe preambular que si incurro en la ilegalidad de aceptar la consulta de un fuera de la ley social, me impulsa a tal acto impropio de mi sentir, la predilección que experimento por los hermanos Taylor, gente cuya bondad intachable, no es contagiosa, desgraciadamente, pero afortunadamente para la judicatura, porque de ser todos los

humanos como Ray e Irene Taylor, no existirían los tribunales. He leído la confesión de un suicida, de un bala perdida, y pregunto...

Se puso en pie, y tendió solemnemente el dedo índice:

—Reitero, y pregunto: ¡Jason Forbes! ¿Estás dispuesto a declarar de acuerdo con tu conciencia? ¿Estás decidido a no mentir?

—Señor... —y en pie también, Jason juntó las dos manos—: Nunca me enseñaron a rezar, y por esto, yo, Jason Forbes, de todo corazón afirmo que quiero que los Taylor sepan que soy inocente.

—Siéntese el reo. Sentémonos, Jason. Tú no eres inocente. ¿Fuiste o no a intentar el atraco?

—Sí, señor. Quise tener los quince mil dólares para un garaje.

—El dinero, nefando autor moral de todos los delitos, no ha de ser nuestra ambición, sino el trabajo, cuya paga es gustosa.

—Sí, señor. Pero yo no puedo trabajar, mientras...

—El inculpado hablará cuando sea solicitado a ello. Esta mañana, a las nueve he tenido larga charla con mi buen amigo Raymond Taylor. Nos hallamos en una encrucijada, donde el mejor conductor no sabría el camino a elegir. Tenemos las siguientes posibilidades: Jason Forbes, miente... ¡Silencio en la sala! En el terreno de las suposiciones, descarto la mentira en quien escribe tan mal. Jason Forbes no miente, y mienten, pues, Nick Forbes y Marjorie Burton. ¿Debe Jason Forbes acudir al primitivo impulso de la venganza privada? ¡No! He estado compulsando los relatos periodísticos. ¿Quién facilitó la fuga a Jason Forbes?

—Esto... no puedo decirlo.

—¡El inculpado juró decir la entera verdad!

—Yo no soy un chiva... no soplo...

—¡Jason Forbes! No hallarás la paz en la tierra, si persistes en no ver que yo, el juez Stone, sea por lo que sea, he decidido evitar que la justicia cometa un error.

—Fue un inspector del

F. B. I.

Explicó detalladamente Jason la visita y cuanto dijo Wilcox.

—Bien. Un paso en firme. Sí, señor. Un inspector del

F. B. I.,

no facilitaría la fuga de un sentenciado, a no saber que existen indicios de inculpabilidad. Dentro de tres días has de dar la respuesta a Clark Polock.

—Sí, señor.

—Darás la cabezada. ¡Silencio en la sala! Yo llevo las riendas, y manejo los hilos. Cogerás el paquete y lo entregarás. Y ahora, Jason Forbes, dime... ¿estás dispuesto a entregarte cuando yo te lo ordene?

—Estoy dispuesto a hacer lo que Irene me diga.

—¡Horror y vergüenza! Ante un juez, el inculcado, prefiere atenerse al consejo de una hija de Eva... Bien, por los considerandos, pudiste elegir peor. Irene si nace cuarenta años antes, hubiera sido mi esposa. Tú a tu trabajo, como si nada pasase. Yo, emprenderé un viaje. Toma tu libreta, y que la Providencia vele por nosotros.

Jason Forbes en pie, sintió en su garganta un nudo. Dificultosamente tragó saliva, y casi fue inaudible su voz:

—Señor... Bendito sea el día en que conocí a Irene Taylor. Dios, el buen Dios vuestro os bendiga.

El juez Stone vio salir a Jason, y murmuró:

—Mano a mano, inspector del F.B.I. Y que me sean perdonadas las mentiras que he de decir para encontrar en este intrincado laberinto de la humana maldad, el camino que conduce a la clara luz verdadera. ¡Cherok! Prepara el maletín de los quince días. Vete a la estación, y resérvame una litera y un sillón en el bar. ¡Desaloja, Cherok!

El inspector Wilcox acababa de resumir ante el Superintendente las infructuosas pesquisas para dar con el paradero de Jason Forbes.

—Siempre le he considerado apto y honesto, Wilcox. Y no considero un fracaso este mes transcurrido, sin que haya podido realizar su propósito. Por otra parte, lo ha tomado usted demasiado a pecho. Me informa el doctor, que en la visita reglamentaria, ha percibido en usted síntomas de fatiga. Y a simple vista, está desmejorando. No debe consumirle este primer tropiezo en su brillante carrera.

—He de hallar a Jason Forbes. Son veinticinco años de servicio, señor, sin que mi conciencia nada me reproche.

—Cúidese, Wilcox. A propósito, me olvidaba que han dejado aquí esta tarjeta para usted.

Cogió Wilcox la tarjeta encerrada en un sobre, que decía:

«Personal y urgente al inspector Wilcox»

—Me la dieron ayer, y como usted había de rendir informe, no se la envié.

—Gracias, señor.

Fuera, rasgó Wilcox el sobre, mirando lo impreso:

«EDGAR STONE»

Juez de paz

En el reverso decía:

«Inspector: Ciertas anomalías en el caso Forbes, han suscitado mi profesional celo. El teléfono del hotel, es el CX-7654S9. Gracias».

Jason Wilcox se dirigió al hotel, donde a los pocos instantes, llegaba al fumador el juez Stone.

—¿Inspector Wilcox?

—Yo mismo. Me acaban de entregar su tarjeta.

—La meticulosidad es norma de nuestra respectiva profesión. Ustedes cogen al culpable, aportando las pruebas. Nosotros, enjuiciamos los aspectos morales. ¿Puede dedicarme unas horas?

—Hasta las dos, estoy libre de servicio.

—Este rincón es confortable. Hace tres días que estoy en esta ciudad desagradable. La divisa de Chicago es: «Yo quiero». Es loable, si se quiere triunfar respetando la Ley. Pero los ambientes influyen en el individuo. Usted me mira calificándome de provinciano que chochea. Yo le veo, como un inspector siempre honorable en lo que a su servicio se refiere, que ahora está atormentado. ¿Leyó casualmente «Los Miserables», de Víctor Hugo?

—No.

—En esta magnífica obra, un policía llamado Javert persigue a un culpable, Valjean. Lo persigue años y años. Javert es un enamorado de su profesión, como usted. Cuando comprueba que Valjean ha sido víctima de la injusticia, lucha con el sentido de su deber. Lo ayuda a escapar... y se suicida, porque el remordimiento como policía, aniquila al hombre.

Jason Wilcox dilató los ojos. El juez Stone prosiguió:

—En estos días, he verificado determinados paseos. Supe que usted visitó a los hermanos Forbes, no como funcionario, sino como particular. Usted es de la jurisdicción de Nueva York, y apenas huye Jason Forbes, tras, al parecer, dar muerte a Albert Burton, usted pide ser encargado de capturarlo, pasando a esta jurisdicción de Chicago. Vamos ahora a hablar de su conciencia.

—Hable, y cuánto diga, lo aceptaré, por las canas que peina.

—Y porque hablaré humanamente No soy un juez inexorable, sino un pecador más. Sin sermón, inspector... ¡Usted es el autor del peor crimen que en mi larga existencia de juez he tenido que enjuiciar!

Jason Wilcox se estremeció y su rostro brutal, demacrado, adquirió un siniestro fulgor en los negros ojos.

—Nadie se atrevió nunca a hablarme así.

—Lo hago yo, porque poseo pruebas de lo que sostengo. Empezó por interesarme el matiz psicológico. Corría el rumor de que Jason Wilcox, «el Bruto», se sentía ofendido de que un Jason más, nombre poco corriente, fuera un fugitivo burlándose del

F. B. I.

Un matiz posiblemente razonable. Pero existía un punto sin aclarar. Al huir, Jason Forbes, demostró haber estado en posesión de lima y ganzúa. Sin embargo, cumpliendo el reglamento, fue cacheado al abandonar la celda. Por lo tanto, la lima y la ganzúa estaban en el celular. ¿Quién podía acercarse al celular sin ser vigilado?

—Usted... ¡usted ha hablado con Jason Forbes!

—No me ha sido preciso. He investigado, atando cabos. El sargento Wilcox se casó, y su esposa murió al dar a luz. El puericultor recuerda aun al sargento que murmura la palabra «asesino»... Perdí ocho horas inspeccionando los registros de nacimientos. Mi arranque era sencillo. El sargento antiguo, el inspector de hoy, no darían los medios de fugarse a un inculpado. Harían averiguaciones. ¿Por qué el inspector Wilcox facilitó la fuga de Jason Forbes?

—La gravedad de su acusación...

—Yo no acuso. Observo. Usted no quería ver a su hijo Jason en la silla eléctrica. Y sin embargo, lo abandonó a los tiernos mimos del matrimonio Forbes. Atiéndame, Wilcox... Yo no le acuso ni le enjuicio. Por duro e insensible que sea usted, el castigo empieza a

cebarse en el culpable. Usted ha capturado numerosos «gangsters», responsables de muertes. Cualquiera de ellos, es para mí más digno de perdón, que quien fue capaz de entregar una criatura indefensa al cenagal donde habían de matarle el alma, un «gángster» mata el cuerpo, y perece su cuerpo al ser sentenciado. Pero ¿qué ley castigará lo suficiente al que mata un alma infantil, la de su propio hijo? No hay mente humana capaz de crear tal ley, porque nadie en su cabal juicio es capaz de pensar que un padre pueda matar el alma de su hijo.

—Él mató a mi...

—¡Silencio! Hablemos de su esposa, Wilcox. Es un alma errante, en espera de su juicio eterno. Sufre, porque su alma de madre, aborrece el más horrendo crimen sin perdón cometido por el que le juró cariño. ¿Y qué era Jason al nacer, sino carne y espíritu de la que le dio el ser? Ya es tarde para rescatar tu crimen, Jason Wilcox. Te torturas en vano. Tu mente de sabueso legal, se recrimina un delito, que no tiene la menor importancia frente a tu horrible crimen como hombre. No te queda más que un camino, Jason Wilcox. Demostrar la inculpabilidad de tu hijo Jason... y si lo logras, que nunca sepa tu hijo que lo es de una fiera imperdonable, porque él podría perdonarte... pero yo... un viejo chocho, borrachín y excéntrico, yo, el solterón que odia las mujeres... yo, ¡el juez Stone, en nombre de una pobre madre desconsolada, te aborrezco y te desprecio!

El tono contenido en que hablaba Edgar Stone, era impresionante. Jason Wilcox tardó en contestar:

—Dice usted que debo demostrar la inocencia de Jason Forbes.

—Volvamos al frío terreno de la Ley. Yo obtendré las espontáneas declaraciones de Nick Forbes y de Marjorie Burton. Cuando Jason Forbes sea un hombre libre, con derecho a vivir, entonces, usted, inspector Wilcox, borrará la mancha de atracador, porque Jason Forbes prestará un servicio inigualable a la Ley.

—¡Usted... sabe dónde está Jason!

—Interrógueme, y le diré que no conozco a ningún Jason Forbes.

—Si es inocente... yo mismo...

—Usted no tiene obligaciones ni derechos sobre Jason Forbes. Perdió ambas responsabilidades hace ya veintiún años. Hemos

hablado bastante, inspector. Yo obtendré las espontáneas declaraciones de Nick Forbes y de Marjorie Burton. Después... volveremos a hablar. No me siga, porque su presencia serviría de muralla entre mi cerebro y la nerviosa excitabilidad de dos infractores de la Ley.

—Mi deber es conducirlo ante mi superior.

—Hágalo. No tendré inconveniente en repetirle mis deducciones, hijas de largos años de práctica judicial.

—Usted ha de declarar dónde se esconde Jason Forbes.

—No he citado ningún escondrijo, que yo sepa.

El inspector Wilcox se puso en pie.

—¿Cuántos días precisa usted para terminal sus experimentos?

—Se lo haré saber al término de ellos. Adiós, Wilcox.

El inspector tardó un momento en dar media vuelta. Edgar Stone abandonó el fumador, y tomó asiento en el autocar que hacía viaje a Aurora.

A la media tarde, merendaba en un parador instalado en la margen del canal pluvial que unía las ciudades de Joliet y Aurora.

Merendó, paseó, y volvió a cenar en el mismo parador. A las once de la noche tenía sueño, pero esperó las atracciones.

Cinco coristas bailaron al son de una música plenamente selvática. Después apareció Marjorie Burton, que imitó la danza de los guantes de «Gilda».

El Juez Stone llamó al camarero.

—Le ruego indique a la preciosa señora que ahora está en la pista, me honre acompañándome a tomar una botella de champaña francés. Champaña dulce, por favor.

El camarero, que no era del

F. B. I.,

cuando Marjorie terminó sus dos números, transmitió a su modo la invitación.

—Un viejo provinciano le invita a champaña, Marjorie. Mesa nueve.

—¿Aquél? Tiene un rostro simpático de borrachín pícaro.

Se acercó ella ondulante, y ceremonioso, en pie, saludó Stone:

—Maravillosa expresión de naturaleza volcánica sus dos danzas, señorita.

—Señora, pero llámeme Marjorie. Usted parece forastero.

—Del sur. Allí aprendí los misterios de las sabinas.

—¿Qué son las sabinas?

—Adivinatoras del pasado, del presente y del porvenir.

—Ah, vamos... ¿Lee usted en las manos?

—En las copas —sonrió Stone.

—Debe ser divertido. Léame el pasado.

—Eso está al alcance de cualquier fisgón. Pero; además, mis adivinadores dotes, necesitan soledad, recogimiento y penumbra.

—Ah, vamos, picarán... —rió ella.

—Sin picardía, señora... Afortunadamente, he pasado el límite físico varonil. Me deleita su figura, pero la contemplo puramente desde un punto de vista artístico, platónico.

—Me agradan los brujos, si son simpáticos. ¿Dónde se aloja?

—Por ejemplo, aquí. Y tengo una bola de cristal, una bandeja con arena que cambia de color, y la copa del fluido.

—Charlatán...

—Tengo sueño. Si mañana a una hora honesta, quiere ver que no tengo nada de charlatán, llame a mi habitación, que es la suya.

Al día siguiente, había olvidado Marjorie a Stone, pero al mediodía, al levantarse, revisando las cuentas, vio en el registro de viajeros, la mención escrita de puño y letra del juez Stone.

«Edgar Stone», que citaba como profesión: «Dilettante del sondeo psicológico».

A la una, llamaba en la habitación, y Stone abrió.

—Beso su mano, Marjorie.

—¿Dónde tiene usted los cacharros del juego?

—Esta mesa, contiene mi bagaje. Esta copa con vino dulce, transmite efluvios a la bandeja, y sus arenas según el color, me muestran escenas en la bola de cristal.

—Las verá usted de todos colores.

—Soy discreto.

—Ya que estoy aquí, jugaré. ¿Cuánto cobra?

—No soy un profesional, sino un «dilettante», que significa un aficionado. Pero presumo de no fallar nunca.

Sentóse ella al otro lado de la redonda mesa, frente a Stone, que se sentó cuando hubo corrido las cortinas, dejando solo por luz, lo luz azul que brotaba del gran globo de cristal.

—Beba, Marjorie.

Emitió ella una risita.

—Desde pequeña, las echadoras de cartas me ponían nerviosa.

—Los nervios son el primer fluido. Beba.

Ella obedeció, mirando al depositar la copa, la bandeja. Las arenas de color gris fueron adquiriendo un tono rojizo. Un misterio químico debido a papel tornasol.

Edgar Stone, abiertas las dos manos, como si se las calentara a la luz del globo cristalino, dijo lentamente:

—Vino rojo, labios rojos, arenas rojas... Sangre...

—Enviudé...

—¡Silencio! Una voz ajena rompe el encanto. Veo una noche trágica. Una granja solitaria, una mujer hermosa en bata color sangre, leyendo una revista. La radio suena. La mujer a solas, piensa en su marido avaro y viejo, muy distinto a los jóvenes deportistas. La mujer de temperamento sensual, se aburre. Un hombre... Joven, brutal, irrumpe. Ella se sobresalta...

Marjorie Burton contempla la esfera, fascinada. La voz del juez tenía apagado tono impresionante.

—El joven bebe, come. Ella escribe. Suben los dos a un desván, y ella se vuelve de espaldas. Él cambia sus ropas. Ella le señala... ¡coge él una pistola! La mira, la devuelve a su sitio. Bajan los dos. No veo... Hay tinieblas...

—¡Siga! —gimió ella, histéricamente.

—Come otra vez el joven. Van a un establo. Un caballo, una carretela, jarras. Ella le besa, él la aparta, y se va... La mujer, su bata roja por la casa, se tiende, está pensando...

—Siga...

—Un hombre entra. Es viejo, malhumorado. Se va, y ella coge un trapo blanco que coloca junto a un cuchillo. Vuelve el hombre. Ella se sienta en sus rodillas...

—¡Basta, basta! ¡Luz, luz!

Stone se levantó para descorrer las cortinas. Marjorie Burton contraído el rostro, engarriadas las manos, tenía un rictus feroz, primitivo.

—Tú... eres un enviado de Jason Forbes... Este globo es un cuento... Tú eres un viejo maleante...

—Yo he visto cuánto he dicho. He visto también un recibo firmado por Marjorie Burton citando cincuenta dólares prestados...

¿Por qué está tan excitada?

—No se mueva, viejo tuno. ¿Cuánto quiere? A usted le ha enviado Jason. Necesita dinero... Un chantaje, ¿no? Sabe que tengo dinero, y él quiere dinero...

—Le extenderé un recibo.

—Dame el recibo que firmé a Jason.

—Pero ¿de qué me habla, Marjorie?

Se acercó ella, temblando.

—Ya sabía que tarde o temprano me enviaría a alguien. Puedo denunciarte, puedo llamar a los dos agentes. ¡Todo lo que dices es mentira!

—Es mentira. No se excite, mujer.

—¡Te irás ahora mismo! Si vuelves...

—Yo estoy de paso. Soy un viejo tuno, pero razonable, Marjorie.

—¡Es falso todo! Son calumnias. Nada puede probarse.

—Jason está desesperado. Le aconsejé que no se entregase. Con cinco mil dólares, podrá irse de Chicago.

Uñas en ristre, ella saltó hacia delante. Edgar Stone levantó la silla en que se apoyaba, presentando los cuatro pies de madera, que contuvieron brutalmente a la que estaba fuera de sí.

—Paz, paz... En realidad, deberíamos pedirte diez mil, la mitad. Los dos sois cómplices. Él te prestó sus huellas en el mango del cuchillo, y tú hincaste el cuchillo.

—¡Mentira, mentira!

—Comprende que si Jason se entrega, y lo cuenta tal como pasó, la policía sería capaz de creerle.

—¡No! Si se entrega, irá a la silla.

—Bien, entonces bastará que me des los cinco mil, y a cambio, tendrás el recibo que firmaste. Mal te iría si tuvieras que explicar cómo firmaste este recibo.

Marjorie Burton murmuró:

—Si doy el dinero, volverás, y es así como funcionáis los chantajistas. Volverás. Prefiero llamar a los del

F. B. I.

—No lo harás, Marjorie, porque me encontrarán encima el recibo.

—Diré que Jason me obligó a firmarlo.

—Primera contradicción. Dijiste que estando tu marido, llegó

Jason. Y que tú huiste alocada. Mal estado de ánimo para escribir.

—¡Condenado viejo indecente! Me hablas como un juez.

—¡«Vade retro, Satán»! Los jueces son gente seria, y no tienen mi buen carácter.

—Escucha, viejo chantajista... Te daré los cinco mil, pero si vuelves, yo te denuncio.

—No nos conviene a ninguno de los tres. Jason primero quería venir, y yo le disuadí. Era mejor negociar. Nos iremos él y yo a Europa. No vayas por Europa, porque Jason si te viera... Ya sabes, es un bruto, al que engañaste. Pero por cinco mil, todo olvidado.

—Tendré que ir al Banco. Mañana.

—Yo me voy ahora. Dormir aquí es peligroso, Marjorie, Las arenas son rojas, y la mujer de la bata roja manejaba el cuchillo como un matarife. Mañana por la mañana, dime dónde, pero a plena luz del día, en sitio público. Después, adiós.

—Ojalá te mueras.

—Un destino al que nadie escapa.

Marjorie fue recuperando la calma.

—Mañana, a las diez y media, enfrente del «North Bank», de Joliet.

—Toma y daca. Recibo contra moneda.

Marjorie abandonó la habitación. Stone se frotó las manos, y yendo a la mesa, apartó el tapete, desmontando la base del globo de cristal, el soporte de la bandeja, y encerrando los dos utensilios en su maleta.

Tocó el timbre, y al aparecer un camarero, dijo:

—Acompáñeme por el pasillo, las escaleras y el vestíbulo, hasta la caja. No quiero irme sin pagar, y toda precaución es poca por parte de la casa.

Ante el mostrador, Marjorie, lívida, sonrió comercialmente:

—¿Se va, señor Stone?

—Mis principios repugnan a salir de un hotel sin abonar mi deuda.

—Veintidós dólares, señor Stone.

—Como éstos. Buenos días, señora.

A media tarde, Edgar Stone dormía apaciblemente en un hotel de Chicago. En el contiguo cuarto de baño, había un agente del F. B. I.

Marjorie apenas se hubo marchado el juez, lo señaló a un muchacho.

—Síguele, y averigua dónde reside. Con disimulo. Telefonea, cuando lo averigües.

A las cinco de la tarde, Marjorie llamaba a su camarero de confianza. No le había consentido la menor libertad hasta entonces.

—Una vez me dijiste que por mí, serías capaz de matar, «Kid».

—Lo sabe usted muy bien que así es.

—Podría ponerle a prueba, «Kid».

—Venga.

—Un hombre al que mañana tengo que darle cinco mil, se irá, y me interesa averiguar con quién va a reunirse. Los dos... son enemigos míos, y si murieran... tal vez me convendría tenerte por marido, «Kid». Estoy muy sola, y el parador da mucho dinero para una mujercita sola sin cariño.

—Yo soy el hombre que te hago falta, Marj.

—Mañana, a las diez y media, frente al «North Bank», en Joliet...

Al día siguiente a las diez y media, Edgar Stone, arrellanado en un banco, apreciaba la tibieza del sol, envuelto en su bufanda, hundidas las manos en los bolsillos del abrigo.

No se puso en pie, cuando Marjorie se sentó a su lado.

—Los cinco mil en este sobre, viejo tuno. Y no vuelvas nunca.

—Descuida. Me ha bastado con verte bailar. Si yo fuera juez en activo, te diría que eres una bestezuela nacida para pasear entre rejas. Pitanza de cárcel...

Pero ya ella, levantándose, se alejaba. Stone colocó el sobre en su cartera. Se frotó las enguantadas manos, y cogió un «taxi». Dentro, anunció:

—A la estación del sur, chofer. Cuando yo me apee, le daré diez dólares.

—Gracias, patrón —canturreó, riendo, el conductor.

—Va usted al teléfono, y llama a este número. Pide por el inspector Wilcox, y le dice que venga a la estación sur. Que se fije en la persona o personas que sigan todos mis pasos. ¿Claro?

—Como el color de sus diez dólares, patrón.

—Si no telefonea, el

F. B. I.,

podría enfadarse.

—¡Ni hablar del peluquín! A que me suelte usted, me agarro del teléfono como un molusco.

Edgar Stone entró en la estación por la puerta de coches. Se dirigió al bar y bebió a lentos sorbos, como un gato goloso, un vaso de vino dulce.

Por el espejo vio al inspector Wilcox. Pagó, y se fue a una taquilla, ante la que se paró. Fue a otra, y por fin, regresó a la primera.

—Un billete para Nueva Orleans —pidió.

—Transbordo en Topeka, señor.

—Entonces, un billete para Topeka.

Subió a un vagón, bajó, fue a otro, y por fin se arrellanó en un compartimiento desierto. Wilcox llegó poco después.

—Un hombre le pisa los tacones, Stone. Está en el compartimiento vecino.



Jason conectó un decisivo golpe y...

4 - BALAS

—Deténgalo, acusado de complicidad con Marjorie Burton, que para recuperar el dominio de sus nervios, necesita que yo y otro fenezcamos. Bajo mi responsabilidad, inspector. Dentro de diez minutos, tomaré un «taxi», e iré a su despacho en las oficinas del F. B. I... en Chicago.

A la media hora, Stone entraba en el despacho de Wilcox. Había además del inspector, un hombre con cara de enojo.

—Éste es el que le seguía, Stone. Se llama Lawrence Mitchell, y es camarero en el Parador del Canal.

—Desde ayer al mediodía esperé un ataque, pero al amanecer hoy, comprendí que Marjorie no iba a ser tan cándida, como para eliminarme a mí solamente. Cayó en la arena. Me juzgó un viejo tuno, que iba a reunirme con Jason Forbes. Era lógico que enviara alguien o algunos, para suprimir a Jason y a este servidor.

—¡Este viejo es un borrachín que chochea! —exclamó Mitchell.

—Pruebas, Stone —dijo Wilcox dando un empujón a Mitchell.

—En este maletín hay un globo de cristal y una bandeja. Ambos estaban atornillados sobre dos dictáfonos, de doble rollo. Puede oír la edificante conversación que sostuvimos privadamente Marjorie Burton y yo. Aclaro que me creyó un adivino.

Jason Wilcox, cinco minutos después, oía la voz de Stone, que, reproducida en el cilindro, invitaba:

«Beba, Marjorie»...

Una risita femenina, y una voz femenina de contralto:

«Desde pequeña, las echadoras de cartas me ponían nerviosa».

«Los nervios son el primer fluido. Beba».

Una hora más tarde, a solas con Lawrence Mitchell, el inspector Wilcox, se despojaba de la americana. Mitchell sentado, pestañeó.

—Tardaremos una hora, un día o una semana, Larry, pero los triunfos los tengo yo. Cuanto menos tardes, mejor para ti. Marjorie te invitó a seguir a Stone, para que vieras con quién se reunía. No ibas a hacerle daño al viejo ni al otro. Simplemente verlos juntos. Vamos, hombre, si por espiar a la gente, no te cae condena.

—Bueno, inspector, Marjorie me dijo que este viejo era un loco, y que lo vigilase hasta que estuviera ya en su casa.

—Vamos bien —y Wilcox pulsó un timbre. Entró un agente—. Tome nota de la declaración de Mitchell. Reconoce que vigilaba a Stone. Cuando supieras con quién se reunía, ¿qué debías hacer, Larry?

—Volver y contárselo a Marjorie.

—Salga, usted —invitó Wilcox al agente.

De nuevo a solas, cerró un puño ante las narices de Mitchell.

—Otra mentira, y vamos mal. Ella te dijo que los suprimieras.

—¡No!

—La intención de matar, sin amago de violencia, te costará seis meses, declarando yo que inmediatamente hablaste. Si persistes en negar, pasarás dos años en la cárcel, y te darás cuenta de que soy muy bestia.

Media hora después regresaba Wilcox a su despacho, donde Stone leía un reglamento de la organización de los laboratorios secretos.

—Cantó. Han ido a detener a Marjorie Burton.

—Ya le avisaré cuando obtenga la declaración espontánea de Nick Forbes.

—Nick Forbes desapareció. Hay indicios de que se marchó a Cuba. La última vez que se le vio en Chicago, estaba con un tal Clark Pollock.

—Bien. Yo daré con Nick. ¿Sigue creyendo que Jason Forbes es un criminal?

—Usted me desprecia, juez Stone.

—Le tengo lástima, porque ya no hay en la tierra paz para usted. Pero allá su conciencia.

—Le doy mi palabra que no le haré seguir, juez Stone.

—He de viajar unos días. Ya nos volveremos a ver, inspector.

Al día siguiente, el juez Stone se instalaba en la colina de Des Moines, esperando el paso del camión.

Marjorie Burton, recluida, ignoraba que ningún periódico publicaba su detención. A petición de Wilcox, el F. B. I.,

mantenía secreta la prueba de la inocencia de Jason Forbes en el crimen de la granja de Joliet. El inspector Wilcox presentó como argumento para el silencio:

—Un colaborador privado, sigue ahora una pista. Si Nick Forbes supiera que Marjorie Burton ha sido detenida, sería dificultoso que el colaborador privado, terminara sus pesquisas.

Y a solas, Jason Wilcox, con la cabeza sobre los brazos cruzados, pensaba que si Jason «Forbes» era inocente... ¿qué humana solución cabía para el caso del inspector Wilcox?

CAPÍTULO VIII

En la cantina de Ponga City, Clark Pollock cenaba. Cuando entraron Raymond Taylor y Jason, éste se separó del camionero, y tocando en el hombro a Pollock, saludó:

—Hola. Quería hablar contigo.

—Pues aquí estamos.

—Acepto, pero con una condición.

—Según sea, no hay inconveniente.

—¿Qué le harías tú a un chivato?

—Eso no se pregunta.

—Hasta ahora tengo suerte. Pero si la policía me quiere meter mano, tú sabes que moriré matando.

—Asunto tuyo, Gene Scott.

—Tú me dijiste que me darías el medio de agarrar a Nick. Dámelo, y no tendrás mejor recadero que yo.

—Eso es para pensarlo. Personalmente, a mí, Nick nada me hizo. Y casi parece un «chantaje». «O me das a Nick... o no trabajo», eso es lo que más o menos quieres decirme.

—Lo que quicio decirte, es que me sabe mal la comida, y duermo inquieto pensando que el traidor renegado de Nick no está tieso.

—Muy nervioso, sí que está. La última voz que nos vimos, buscaba un sitio donde esconderse. Le sugerí una isla lejana. Podía servirme, porque es un lagarto. Pero con tanto nervio... Me lo pensaré, porque tampoco me conviene que tú andes nervioso.

—¿Cuándo?

—Dentro de cinco días, aquí mismo.

En el camión, Jason manifestó:

—E juez ha vuelto a acertar. Dentro de cinco días, creo que... sabré dónde verme con Nick.

—Y recuerda lo que dijo Irene. Los hermanos no deben pelear.

Harás lo que dijo Irene, porque es lo que dice el juez Stone. Y pronto, tendremos el garaje. Ya oíste lo que dijo el juez Stone... descubrir una banda de traficantes en drogas, vale una prima de buenos billetes. Pero primero, a ver si lo que sacas a Nick, obedeciendo las instrucciones del juez, acaba ya con tu pesadilla.

Cinco noches después, en la cantina. Clark Polock cenaba. Al entrar Jason, Polock se levantó, y fingió chocar con Jason.

—Perdón... —y bajando la voz añadió—: Lee el papel del segundo envoltorio. No me hables.

Siguió Jason hasta la mesa, donde cenó con Taylor, y en el camión, desenvolvió el segundo envoltorio del paquete de cocaína.

Leyó lentamente, en voz alta:

«Nick se ha condenado, el muy estúpido. Nosotros vendemos, pero no debemos probar el género. Para calmarse, el muy vicioso, tomó nieve. A otros les cuesta la piel. Te lo dejo, Jason. Está vigilado por un amigo, en una barcaza de carga, que mañana hará escala en Springfield. La barcaza es la “Loise”. A las diez de la noche, sube diciendo: “Jason”. Te dejarán la llave del camarote en que está Nick».

La barcaza era una de las tantas que surcaban el Illinois, yendo por los canales a navegar por el Mississippi hasta desembocar en el Golfo de México.

Plana, de motor, servía para el transporte de madera. Bastaban tres hombres para tripularla.

Jason atravesó la pasarela que unía el espigón con la barcaza. Al pisar la cubierta, salió de la cámara un individuo.

—«Jason» —saludó el recién llegado.

—Tomaremos una copa, antes de que te dé la llave, Jason.

En la cámara, había otros dos individuos, que siguieron sentados.

—Una copa para el amigo —dijo el primero, y uno de los otros dos, hizo correr sobre la mesa un frasco y un jarrillo—. Tengo instrucciones, Jason. Nada de ruido. Está abajo, entre la madera. Pero nada de tiros ni de gritos.

—Dejadme una lancha. La devolveré.

—¿Cómo meterás en la lancha al mequetrefe?

—Dadle un gramo. Pago yo —dijo, riendo, Jason. Pero su risotada torva, nada tenía de alegre—. Con la nieve en el cuerpo, dormiré un rato.

—Un saco.

—Eso es. Lo meto en el saco —volvió a reír Jason, hablando y comportándose según las instrucciones del juez Stone.

—No te hace falta lancha. Tienes buenas espaldas. Carga con el saco. Llamas un «taxi» cuando te canses, y adiós, que si te he visto ya no me acuerdo.

—Eso digo. Venga otro trago, mientras coge la mona mi adorado hermano.

Uno se fue. Otro comentó:

—También hay que tener tripas para delatar a un hermano.

—No me lo cites, hombre —masculló Jason.

—No se lo cites, hombre —repitió el que parecía mandar—. ¿Jugamos una partidita mientras la «coco» atonta a tu... al muy negro chivato?

—A dólar la puesta.

Jason perdió cincuenta y siete dólares. Se levantó:

—Ya basta.

—El saco en cubierta, Jason. Duerme como un bebé. Lo até de modo que no se mueva, y le puse estopa en los dientes. Va bien enfardado.

Cuando Jason cargó el saco que contenía al drogado Nick Forbes, sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. La forma de hablar de aquellos tres era un mal recuerdo de su adolescencia. Ahora, después de su permanencia con los Taylor, aquella forma de hablar, antes la natural, le sumía en horror.

Bajó la pasarela, y a los cinco minutos llegaba al camión alquilado que pilotaba solo. Colocó el saco a su lado, abriendo la bocana. No quiso mirar al interior. Puso en marcha, emprendiendo la ruta hacia Oklahoma City.

Iba a poca velocidad. Eran las cuatro de la madrugada, cuando el camión penetraba por un sendero, deteniéndose entre los riscos de una cantera abandonada, en un paraje desolado.

Detuvo el motor, y en la cernida y tibia carlinga, apoyadas las manos en el volante, esperó...

A su lado, sentado, reclinado contra la portezuela, dormía con sobresaltos Nick Forbes, alargada la cara, fina la nariz, casi cadavérico.

Todas las luces apagadas, Jason veía en el espejo la sombra confusa del que creía su hermano verdadero.

De vez en cuando dejaba resbalar un pedazo de hielo por entre el cuello de la sucia camisa y la piel de Nick Forbes.

Encendió la pequeña luz del cuadrante, cuyo resplandor rojizo permitió ver el bostezo de Nick Forbes, su pestañeo y por fin, su despertar. Gangoso, murmuró:

—¿Hasta cuándo me vais a... tener aquí? Quiero hablar con Clark. Yo soy amigo de Clark.

De pronto enmudeció, tratando de desprender sus muñecas de la cuerda. Quiso patear, pero sus tobillos estaban también atados contra el asiento.

Miró al parabrisas, después al cuadrante, y por fin ladeó la cabeza. No estaba aún acostumbrado a la rojiza penumbra.

Y súbitamente lanzó un alarido infrahumano, primitivo, escalofriante. Un alarido que parecía interminable...

Jason, inmóvil, seguía con las manos al volante.

Unos sollozos desgarradores brotaron del pecho de Nick Forbes. Después, cerró los ojos, y se calló, temblando convulsivamente.

—¡Por lo que más quieras, Jason! Habla, di algo; habla...

—Abre los ojos, Nick. No he de matarte. Ellos sí que iban a matarte. Fue Polock el que te metió en este saco que tienes en los pies. Está convencido de que yo voy a hacerte pasar un mal cuarto de hora, antes de despellejarte.

—Yo... estoy enfermo, Jason. ¡No me pegues! ¡No me pegues!

—No pienso mover un solo dedo, porque me mancharía. Somos hermanos, Nick. Yo he escapado, y aquí estamos solos. Tú procura escapar, porque si los de Polock te pescan... Pero ahora estamos a solas, y yo no he de matarte si me explicas por qué te portaste tan mal conmigo.

—¿Qué trampa...? No entiendo... Eres distinto, Jason.

—Va a amanecer, Nick. ¿Qué hablas de trampa?

—No estás solo.

Chilló Nick Forbes porque Jason sacaba un cuchillo, pero la hoja de acero cortó las cuerdas.

—Va a amanecer, Nick. Hay bastante luz para que veas que no estamos más que tú y yo.

—¿Trabajas para Polock?

—Sí. Por esto, cuando le dije que me gustaría charlar contigo, Polock me complació. Has tomado droga. Nick... Recuerdo cuando te pesqué fumando. «Soy un vicioso», dijiste.

—¿Puedo... bajar?

—Natural. Pero no quieras echarte a correr. Lo harás cuando yo te dé permiso.

Descendió Nick Forbes, tambaleándose. A la tenue luz que el alba iba filtrando vio la cantera, y dio un rodeo hasta proyectar el haz de la linterna eléctrica en el interior de la caja del camión. Luego, tendió la linterna Jason. Forzó una sonrisa:

—Creía que era cosa de Polock. Hace frío, Jason.

—Tengo coñac de marca. Yo también soy un vicioso ahora.

Volvió Nick a subir en la carlinga, que al cerrarse los aisló en su tibieza del cortante frío del amanecer.

—Dame un trago, Jason.

—Es la última vez que nos vemos, Nick. Yo no he de matarte, porque eres mi hermano. A otro sí, porque la jugarreta no es de las que se perdonan.

—Ibas a disparar contra la policía.

—Me saltaste tú los nervios.

—Estaba ya perdido, Jason. Los policías te pillaron con la pistola en la diestra. No me hubiesen creído si les digo la verdad. Lo intenté, y ellos dijeron que lo hacía para salvarte, porque yo, como de menor edad, buscaba así salvarnos a los dos.

—Puede que sea así. Pero ¿por qué le soltaste el tiro al viejo contable?

—Fue el timbre de alarma al sonar, que me echó los nervios a perder. Disparé casi sin saber lo que hacía.

—Dijiste, que había sido yo el que metiéndote miedo te obligué a esconderme en el lavabo sexto. No me creyeron cuando afirmé que tú, y sólo tú, enredaste al negro Josuah.

—Agua pasada no mueve molino. Estás libre. ¿A qué remover el puñal en la llaga? Yo soy un cobarde, Jason. Tuve miedo, y como todo te acusaba, no iba yo a ser más que la policía.

—Yo ya estoy perdido.

—Ya me enteré que te habías cargado al granjero.

—Cuando Polock me deje ganar diez mil, me largaré a Cuba. Si no fuéramos hermanos, ahora te liquidaba, Nick. Te liquidaba.

—No creas... He pasado unas noches muy amargas desde que nos pasó aquello.

—Yo no.

—No te haces cargo. ¿Por qué íbamos los dos a perdernos? Todo te acusaba.

—Si no matas al contable ni llevas pistola, nada más que dos años de cárcel, por intento de atraco.

—Vaya... Has progresado. Sabes leyes y todo. Yo no maté al contable.

—Oye, mira que si aquí a solas conmigo, te haces el tunante...

—Lo que quise decir, es que yo no le disparé a matar. Apreté el gatillo. ¡También fue mala suerte la de llevar yo la pistola!

—Agua pasada no mueve molino. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Tengo miedo, Jason. Los de Polock me pueden encontrar.

—Vete a la policía, y di que me has visto.

—¡Eso nunca! Yo no soy un chivato...

—No me digas...

—Aquello no fue chivatazo. Fue como vinieron las cosas, rodando. Todo te acusaba, y yo deje decir. ¿Quieres que vaya a la policía, y explique cómo pasó todo?

—Mejor estarías en la cárcel. Revisarían el proceso, pero ya no pueden condenarte a muerte. Hay el precedente de la primera sentencia...

—Estás tú muy enterado —comentó, receloso, Nick Forbes.

—A la fuerza ahorcan. Bueno, Nick, ahueca. Te he visto demasiado ya.

—No me eches ahora. Hemos firmado las paces. Déjame ir contigo. Búscame dónde esconderme, y cuando tengas los diez mil, nos vamos los dos a Cuba. Es bonito aquello... ¡No, a Cuba no! Es allí donde tiene Polock el depósito. Iremos a otro sitio. Gracias, Jason. Eres un buen hermano; sí, un buen hermano.

—No me palpés la mano, o le suelto un porrazo... Oye, he pensado una cosa. Dan diez mil para el que descubra una banda de traficantes. Si estás enterado de los que componen el asunto... A medias en los diez mil.

—Pues como no vas a ir tú a la policía, no hay temor de que me vendas. Polock distribuye el género así: la barcaza «Loise» lo recoge en Nueva Orleans, metido en pasta de papel, que descarga el velero que viene de Cuba. La barcaza lo suelta en Springfield, y de allí, varios camiones lo reparten. Siete son, contando a Polock. Los tres de la barcaza, y dos engrasadores, y un camionero. ¡Anda, tú eres el camionero!

—Listo como la ardilla. Bueno, primero déjame exprimir la cosa. Cuando tenga los diez mil, entonces irás tú por los otros diez mil.

—¿Dónde me escondo, mientras?

—Polock creará, que te he liquidado. No me conviene que te alejes de mi lado. Serías muy capaz de ir a la policía, estropeándolo todo.

—No iré, Jason. Puedes estar seguro.

—Lo estaré más teniéndote a mi lado. Llegaremos a Oklahoma por la noche. Puede que Polock me esté vigilando al llegar. Dejaré el camión en el garaje donde lo he alquilado. No habrá más que el vigilante de noche. A las dos horas, vienes a la dirección que te explicaré. Es mi fonda.

—Estoy enfermo, Jason. ¿Me traerás nieve?

—Puede que sí. Te tuve mucho odio, Nick... Ahora, te veo tan desgraciado, que casi me darías pena. Anda, vuelve a dormir, que el camino es largo hasta Oklahoma.

Durante el camino, de vez en cuando la cabeza de Nick Forbes caía sobre el hombro de Jason. Éste, al principio daba un empujón. Después, dejó que Nick Forbes siguiera durmiendo, apoyado en su hombro.

Al anochecer, mientras Nick comía vorazmente unos bocadillos, indicó Jason:

—Falta poco. Pasa atrás, y no te muevas hasta que en el garaje, hayas meditado dos buenas horas en la conveniencia de no ir con el sople a la policía.

—Juntos los dos, Jason, y a por los veinte mil. Además, ahora, contigo, me siento protegido.

—Bueno, baja y sube atrás.

Poco después penetraba el camión en el garaje, donde el vigilante cobró diciendo:

—Esperaba por el camión, otro cliente.

—Haberle dado el otro.

—Está de servicio. Me dijo que a la medianoche volvería.

—Pues todo sobre ruedas. Son las ocho. Adiós.

Se inclinó Jason para recoger del asiento la caja metálica y plana del cuadrante, que había destornillado. Antes de que su mano la rozara, un recio golpetazo en la sien, le hizo caer de bruces.

Nick Forbes chilló agudamente, porque dos hombres de la barcaza «Loise», cuchillo en mano, entraban en la caja posterior, arrastrando al desvanecido vigilante.

Uno de ellos avanzó, mientras Forbes se adhería al fondo, despavorido. Recibió en plena frente un golpetazo asestado con la empuñadura del cuchillo.

Clark Pollock echó al interior al desmayado Jason. Ordenó:

—Empaquetadlos bien a los tres. Mordaza.

Subió a la carlinga, y poniendo en marcha, el camión, abandonó el garaje.

CAPÍTULO IX

El camión se detuvo en las afueras. Clark Pollock dejó el volante, repicando en el tabique. Por la estrecha mirilla asomó uno de sus cómplices.

—Ponte al volante. En marcha, si te aviso.

Clark Pollock subió al sitio de carga, dejando caer de nuevo la lona trasera. Se aproximó a Nick Forbes, cuya mordaza le arrancó.

—¡Me obligó a hablar, me obligó a hablar! —gimoteó Nick, rodando los ojos, con muecas epilépticas.

—Vas a tener toda la nieve que quieras, si haces lo que te voy a decir.

—¡Lo haré! Descuida, jefe; yo...

—Acompañado de ése —y señaló Pollock al que estaba sentado entre Jason y el vigilante, ambos amordazados y fuertemente atados —, vas a ir a la casa que te indicaré. Allí, los dos hermanos Taylor esperan el regreso de tu hermano. Dirás que Jason se malhirió, y que está en el camión. Confiarán en ti. ¿Entendido?

—¡Sí, jefe!

—El que te acompaña, te rebanará la nuez limpiamente de un tajo, si no haces lo que te digo.

Jason trataba en vano de debatirse, pero estaba sólidamente asido de muñecas y tobillos a los barrotes laterales, al igual que el vigilante nocturno del garaje.

Y vio con honda desesperación, como tras un nuevo alto, Clark Pollock, ayudado por el que había acompañado a Nick Forbes, empujaba al interior a Raymond Taylor, desvanecido, sangrando por la frente y narices.

Irene Taylor debatíase entre los brazos del otro marinero, que ayudado por el propio Nick, iba atando a la muchacha, contra los barrotes del otro lado de la caja del camión, amordazándola.

El camión se puso en marcha conducido por Pollock, y el

segundo marinero volvió a unirse al otro, vigilando a los cuatro prisioneros.

Nick Forbes iba sentado delante, junto a Pollock. Trataba de congraciarse con el «gángster».

—Quiso sonsacarme, metiéndome miedo, pero yo...

—Cállate.

A las cuatro de la madrugada, el camión se paraba junto a la pasarela de acceso a la barcaza. La pequeña grúa accionada, por el tercer tripulante, fue izando el camión con su carga, después que Pollock y los otros dos colocaron en rededor las cadenas y el entablillado con el que se cargaban los troncos apilados.

El camión fue descendiendo por la abierta escotilla de proa, hasta quedar sobre sus ruedas, entre dos montañas de leños, estibados a cada lado de aquella cala.

Las dos linternas iluminaban el espacio que quedaba entre el radiador y los troncos.

Arriba cerraron la cala rápidamente, con las tablas. Se oyó el repicar del martillo sobre las cuñas de ajuste.

—Ayuda —ordenó Pollock a Nick Forbes, cuando volvieron los tres marineros, terminada la operación.

Fueron sacando a Jason, Taylor y su hermana, dejando dentro al vigilante.

Atado en pie contra el radiador, manos a la espalda quedó Jason. Contra la curvada estructura del casco, a babor, Raymond Taylor e Irene, sentados.

Clark Pollock bajó de un manotazo la mordaza que cerraba la boca de Jason.

—¿Combinaste un buen chivatazo con esos dos, no? —masculló fieramente.

Y en revés propinó repetidos y rápidos bofetones a la cara de Jason, cuya cabeza osciló de un lado a otro.

—¿Querías conocer la banda, no? Pues aquí tienes a la orquesta.

—Si me busca la policía, ¿cómo iba yo a...?

Retrocedió Pollock un paso, llamando:

—Ven aquí, Nick. Anda, dinos lo que te sonsacó Jason.

Nick Forbes replicó orgullosamente:

—No le dije ni tanto así. Me fui por la evasiva.

El revés inopinado que Pollock asestó, hizo caer de costado a

Nick Forbes, cuya nariz empezó a destilar sangre. Gimoteó arrodillado, cogiéndose la nariz con las dos manos:

—¡Clark, no me pegues!

—Ponte en pie, granuja. Estuviste un largo tiempo en la cantera de Milwaukee, metido en la carlinga con éste. Y no te mató. ¿Por qué? Te lo voy a decir yo. Jason quiere redimirse, quiere ser un buen chico. Ya me confesó, casi con trémolos en la voz, que Taylor era un alma bueno, un imbécil honrado y trabajador. Y la cosa está clara. Taylor le aconsejó que fingiera aceptar, para descubrirnos a todos.

—Déjame hablar —terció, ceñudo, Jason.

—A ver qué nos va a decir este traidor.

—Lo vuestro no me interesa, sino por los quinientos que me dabas. Taylor no sabe nada. Yo, si no maté a Nick, fue porque quería que confesara la verdad del atraco. Por eso le dejé vivir. ¡Anda Nick! Di si fue así, o si miento.

—Pretendiste sonsacarme, ¡sí, lo intentaste! —chilló Nick Forbes, poniéndose en pie.

Clark Polock giró la cabeza para mirar hacia los dos hermanos Taylor. Después, encarándose de nuevo con Jason, explicó:

—Con unos cuantos martillazos, soltando las cuñas —y señaló la base de los dos grandes apilamientos de leños—, la madera cubrirá este sitio que ahora ocupáis. Papilla... ¡Dale ya, tú! ¡A la primera cuña, para que aplaste el camión!

Uno de los marineros alzó el largo martillo, mientras los otros dos, retrocediendo, iban hacia el umbral.

—¡Un momento, Polock! —exclamó Jason—. Te crees que desapareciendo yo, ya estás tranquilo. Te olvidas de que tomé precauciones para un caso como este...

—Quiere ganar tiempo, quiere ganar tiempo —babeó Nick Forbes.

Estaba también cerca de la salida, delante de los dos marineros.

—Zumbadle —gruñó Polock.

La escena que siguió fue de una bestialidad indescriptible. Los dos marineros se enviaban al flacucho y enfermizo Nick Forbes, asestándole puñetazos y puntapiés.

Jason gritó:

—¡Dejadle, valientes, y meteos conmigo!

Clark Pollock agachó la frente, sacando con lentitud una pistola, en cuya boca enroscó un silenciador.

—A ti voy yo a tener el gusto de acribillarte, la primera bala en tu maldita boca...

Apuntó lentamente. Irene Taylor dobló la cabeza, desmayada...

Nick Forbes, convertido en «*puching*» humano, rebotaba de puños en pies, y a un lado del camión, martillo al hombro, el tercer marinero esperaba la orden de descargar el golpe contra la cuña, que desplomaría de lado las apiladas hileras de troncos desbastados.

Clark Pollock en alto la pistola, fue bajándola lentamente. Y de pronto, algo cayó de las tablas que cerraban la cala.

Un cuerpo humano, corpulento, que se interpuso en la trayectoria de la primera bala, entre el cañón de la pistola disparada por Pollock y el atado Jason.

El inspector Wilcox avanzó, mientras por segunda vez, Pollock disparaba. Los otros dos dejaron de golpear sañudamente al infeliz guiñapo.

Oyeron pasos precipitados por el oblongo compartimiento. Alguien se acercaba corriendo, exclamando:

—¡Rendid las armas!

Volviéronse los dos marineros, encañonando hacia el que acudía. Un agente del

F. B. I.,

que disparó tendiéndose al suelo.

Clark Pollock se encontró sujeto por un brazo y por el cuello. Desde el suelo, disparó el agente contra el que, martillo en alto, corría dispuesto a aplastar la cabeza de Wilcox.

Jason Wilcox apretó fuertemente, una vez retorció la muñeca de Pollock. Alzó una rodilla, y empujando así a rodillazos en el estómago a Pollock, lo acorraló contra el cóncavo mamparo de babor, a dos pasos de Taylor y la desmayada. Irene.

Chocó repetidamente la cabeza de Pollock contra las aristas de hierro, y abrió las manos Wilcox. Clark Pollock fue poco a poco cayendo hacia delante, rota la cabeza...

Jason Wilcox sangraba por la garganta, la boca y el pecho. Daba la impresión de un cuerpo férreo, insensible a todo.

Giró lentamente sobre los tacones, y con firme paso, se aproximó al radiador. Miraba adusto a su hijo...

—¡Señor! ¡Usted...! ¡Nos ha salvado! ¡La vida de Irene, de Ray... la mía! —exclamaba balbuciente, enajenado de alegría, Jason.

El inspector empezó a desanudar sus ligaduras. El agente, herido en un hombro, miraba con satisfacción a los tres que había puesto fuera de combate, matando a uno, hiriendo a los otros dos, cuyas muñecas juntó en dos pares de esposas, cuando Wilcox le arrojó las suyas.

En el suelo, sangrando copiosamente, Nick Forbes gemía débilmente, como un niño enfermo...

Jason Wilcox permaneció en pie, hasta que quedó por completo libre su hijo. Después, crispó las mandíbulas, tambaleándose.

Jason le enlazó los hombros, sosteniéndole.

—Señor, está usted herido...

—Un roce en la yugular. Busca trapos y alcohol. ¡Turner! —llamó al agente—. Liberte a los dos hermanos.

—Está usted herido, inspector.

—¡A cumplir la orden! Tengo quien me cuida —gruñó Wilcox, que fue sentándose, adosado contra el radiador.

Regresaba corriendo Jason, llevando una sábana, y un frasco de coñac. Con gestos febriles, rasgó a tiras la tela de hilo, empapándola en coñac y rodeando con ellas el cuello del inspector.

Jason Wilcox le miraba ceñudo. Jason tendió la botella, de la que bebió al gollete el herido.

Jason apartó el abrigo y la americana, rasgando la camisa. Una mancha de sangre ocupaba todo el costado izquierdo. El agente acudió, y arrodillado, ayudó a Jason a restañar la copiosa sangre.

Jason Wilcox refunfuñó:

—Taponar, muchacho. Mete trapo, todo el que puedas. Empuja con mi lápiz. ¡Usted, a lo suyo! Avise una ambulancia que recoja a Nick Forbes. Tiene que declarar, y está muriéndose... Que se lleven a Polock, y los tres. Y avise a dos agentes para que detengan a los engrasadores.

El agente titubeó un instante, pero la dura mirada de Wilcox le decidió.

Wilcox miró a Raymond Taylor, que sostenía a Irene.

—¡Llévela a cubierta, majadero! Debe respirar aire... ¡Venga!

Miró ahora a Jason que iba taponando, sudoroso, diciendo constantemente:

—Seguro que le hago daño, señor, seguro que le hago daño.

—Más... te he hecho... yo... —mordió, entre dientes las palabras el inspector.

—¡Usted... tiene las dos halas... que Polock me destinaba!

—Eran balas perdidas, ¿sabes, Jason? Balas perdidas... Bueno, esto va bien. No me moveré, hasta que no venga el doctor. Siéntate... y dime todo lo que has hecho desde ayer.

—En el camión, bajo el cuadrante, hay un dictáfono. Fue idea del juez Stone.

—Un juez severo, pero inteligente. Él fue quien vio el camión detenerse ante la casa de los Taylor, y con anteojos leyó la matrícula, avisándome telefónicamente. Di orden a las patrullas de carreteras de vigilar el paso del camión, y acudí, porque el juez Stone me dio el nombre de la barcaza y su ancladero.

—Yo no maté, señor. Cumplí lo que usted me ordenó.

Con esfuerzo, levantó Wilcox la diestra, que posó sobre el encrespado cabello negro de su hijo.

—Bien, Jason... Tenías razón. ¿Y ahora?...

—Irene se casará conmigo, señor. Y con Ray pondré un garaje. Nunca más volveré a Chicago. Aquí es donde he empezado a vivir, y gracias a usted, ahora soy un hombre libre... y vivo.

Jason Wilcox abatió los párpados. Lo que dijo no lo entendió su hijo, que creyó deliraba.

—Ya no sufre, juez Stone. Ya no es un alma errante. Pronto estaré con ella, y en paz... porque... tú me perdonas, Jason, Tú me perdonas.

—Señor... ¿Quiere beber más coñac?

Abrió los ojos Wilcox, denegando.

—Me llamo también Jason, ¿sabes? Y me... da contento, saber que ya has encontrado la mujer buena. Porque lo es. Dímelo... Dime cómo es ella.

—Es callada, obediente, y sabe aconsejar. No le gusta leer, ni el cine. Siempre está en casa.

—Igual que tu madre...

—¡Oh, no señor! Mal me está decirlo, pero «mom» siempre me atizaba escobazos.

—¿Quién viene?

Se oían pasos. Entró el juez Stone, acercándose presuroso:

—Me contó el agente lo ocurrido, inspector Wilcox. ¿Qué tal se encuentra?

—Como nunca —gruñó Wilcox—. El muchacho tiene novia, y comprará un garaje con Taylor. No volverá nunca a Chicago.

Edgar Stone, arrodillado, cogió el pulso de Wilcox. Latía débilmente.

—Va a llegar de un momento a otro el médico. Wilcox.

—Dele recuerdos —y una sonrisa distendió los gruesos labios de Jason Wilcox, el inspector, cuya conciencia empezaba a tranquilizarse. Había cometido un delito como policía, y un crimen como hombre, pero dos balas en su cuerpo, una cerca del corazón, quemaban, inundando sus pulmones de calor, y estas dos balas le daban el final deseado. Morir en cumplimiento de su deber.

—Vete arriba con Irene, hijo... —murmuró.

—Ella puede... esperar, señor —dijo, con angustia Jason—. Usted está, murió... está malherido por salvarme a mí... ¡Usted me salvó dos veces, señor! Se ha portado conmigo como no lo ha hecho ni mi propio padre... ¡Juez Stone... llame al médico!

—Calma, hijo... El médico nada puede hacer... Está muy adentro la bala perdida, muy adentro... Me gustará... que siempre te guíes por los consejos de este viejo... juez... Y es bueno morir así... Inspector Jason Wilcox, muerto en cumplimiento de su deber... Y como hombre...

La sangre tiñó la barbilla de Wilcox. Su hijo la restañó con un pañuelo, reclinando contra su pecho la cabeza del inspector. Y las lágrimas empezaron a fluir de los ojos de Jason Wilcox, hijo, porque sabía ya que el inspector se estaba muriendo, y deliraba:

—¿Lloriqueando, estúpido? Ya no sufre el alma errante, juez Stone. Yo creo... que me será perdonado mi crimen... Un buen muchacho... Era una bala perdida, pero tenía el fondo leal... Juez Stone... deme la mano... No le veo, pero me agradaría...

Edgar Stone aprisionó la diestra del inspector Wilcox, diciendo:

—Una muerte gloriosa, Wilcox. Jason tendrá, siempre el mejor recuerdo de su único defensor... ¡Dios, mío, que tu infinita misericordia acoja el alma del honorable inspector Jason Wilcox!

La cabeza del inspector contra el pecho de su hijo, estaba ya sumida en las últimas tinieblas.

Vino el médico, y costó trabajo separar a Jason del cuerpo del

muerto.

Edgar Stone enlazó por los hombros a Jason:

—Vamos arriba, muchacho. El inspector ha muerto feliz.

En cubierta, el agente explicaba a los que acompañaban la ambulancia y el celular:

—Saltó cuando precisamente Polock disparaba contra el muchacho. Las dos balas las recibió él... ¡Qué magnífico bruto!... Siguió avanzando en pie, sin disparar, porque podía herir a los Taylor...

En la clínica policial de Springfield, Nick Forbes sumido en un delirio agónico, fue revelando la verdad de la muerte del contable, y la instigación del atraco, intercalando protestas de lealtad a Clark Polock y súplicas de perdón a Jason...

Por fórmula legal, quedó Jason «Forbes» en libertad vigilada, hasta que quedase proclamada su completa inocencia.

EPÍLOGO

Los días pasaron y la alegría de la vida sencilla, en compañía de los Taylor, fue mitigando la pena de Jason, que recordaba constantemente la muerte del inspector, salvándole.

El juez Stone verificó una solemne visita, cuando a la vuelta de su viaje de Chicago, aportó la sentencia absolutoria para Jason, y los elogios del

F. B. I.,

para el que contribuyó a la captura de la banda de Pollock.

—Y hay algo más. Como honor póstumo, ha sido ascendido a comisario Jason Wilcox. No tenía familia... y su pensión engrosa los fondos del orfanato policial. Hasta después de muerto, protege a los huérfanos. Estarán contentos, allá arriba, ellos dos... Bueno, vamos a la vida moliente y diaria. ¿Qué novedades voy a oír?

Raymond Taylor se frotó las manos:

—Hemos visto ya el garaje que nos conviene, juez Stone. A cinco kilómetros de aquí, por la carretera muy transitada de...

—Eso son mezquindades viles. Hablo de esta paloma —y el juez Stone, dándose un papirotazo en la colorada nariz, señaló a Irene.

Ella, miró a Jason, y con sencillez anunció:

—Estoy esperando que Jason diga que quiere casarse conmigo.

—¡Eso! ¡Eso digo yo! —gritó Jason, poniéndose en pie, y abalanzándose torpemente asíó por los hombros a Irene Taylor—. ¡Nos vamos a casar enseguida! ¡Eso digo yo!

El juez Stone refunfuñó:

—En mis tiempos, el caballero se arrodillaba, y llevándose la mano al costado donde se supone la existencia del corazón...

Pero nadie le escuchaba. Raymond Taylor hablaba de su garaje, a medias con su futuro cuñado; Jason no escuchaba, pendiente de los proyectos de decorado de alcoba, que susurraba Irene, y el juez Stone, se marchó satisfecho.

Al llegar a su casa, dio un largo tiento a su botella de cristal tallado, contemplando, amoroso, las facetas de rubí vinoso.

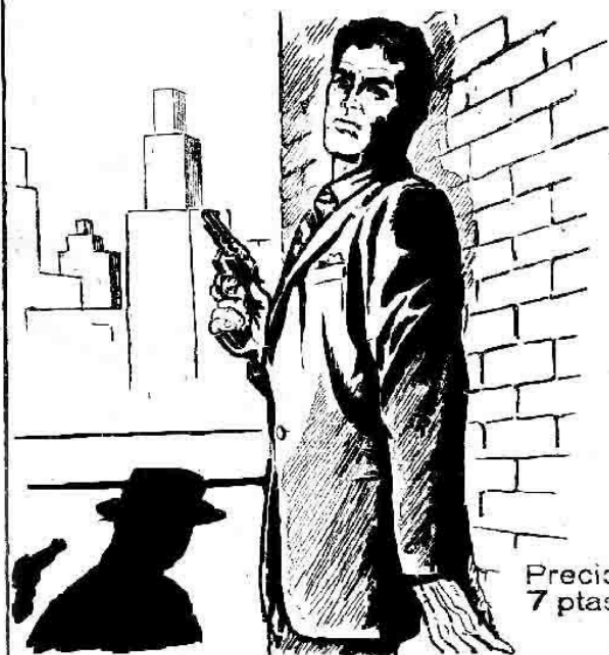
El mestizo Cherokee en la puerta, esperaba órdenes para la comida. El juez Stone, le miró, arrugando el entrecejo.

—Cherok, huye siempre de la ciudad tentacular, que mutila al hombre hacinándolo despiadadamente. El hombre en la ciudad, está solo, terriblemente solo en medio de una constante agitación que no es más que una forma de vida ficticia. Han de surgir voces que pospongan al hombre de la urbe carcomida, que tome en sus manos la llave de los campos, y regrese al seno de la Naturaleza en donde tomará contacto con las fuentes inalterables de la vida sencilla, la vida auténtica.

Y solemnemente, el juez Stone empinó el codo. El mestizo Cherokee, se inclinó profundamente, en respetuosa reverencia. Era costumbre antigua en su tribu venerar a los ancianos locos...

FIN

Marcial Lafuente Estefanía
Con la vida marcada



Precio:
7 ptas.

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION



**PUNTO
ROJO**



Las mejores novelas de
acción, de horror y
de misterio.

Precio: 7'— ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selecciones



**Una nueva colección
que sólo publicará éxitos**

Las mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI

libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato.

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLEC. "PIMPINELA"

843 — Corín Tellado
AMOR FUGAZ

COLEC. "MADAMPERIA"

739 — Isabel Saluena
BAJO LAS ESTRELLAS

COLECCION "ROSATRA"

632 — María Morgan
LA FUGA

COLECCION "AMAPOLA"

570 — María Martí
LA PUERTA SE ABRIÓ

COLECCION "ALONDRA"

504 — Josefina María Rivas
POLOS OPUESTOS

COLECCION "CAMELIA"

445 — Jesús Navarro
SU INTIMO SECRETO

COLECCION "CORAL"

122 — Corín Tellado
EL ERA ASI

COLECCION "CORAL"

239 — Corín Tellado
UNA MUJER
INSIGNIFICANTE

COLECCION "CORAL"

8 — Corín Tellado
UNA CHICA DECIDIDA

COLECCION "BISONTE"

784 — Silver Kane
CANCION PARA
LOS MUERTOS

Col. "SERVICIO SECRETO"

848 — Joe Mogar
¡HAN FUSILADO A MI
ESPOSA!

COLECCION "BUFALO"

481 — M. Lafuente Estefanía
TEJANOS EN LARAMIE

COLECCION "TEXAS"

349 — M. Lafuente Estefanía
FAMA INJUSTA

COLECCION "CALIFORNIA"

328 — Orland Garr
REBELION EN CALIFORNIA

COLECCION "COLORADO"

213 — M. Lafuente Estefanía
SONRISAS DE MUERTE

COLECCION "KANSAS"

229 — Meadow Castle
EL LIBERTADOR

Col. "HEROES DEL OESTE"

221 — M. Lafuente Estefanía
UN GRUPO DE LOCOS

COL. "ASES DEL OESTE"

191 — Raf Seggram
LA TIGRESA

COLEC. "BRAVO OESTE"

103 — John Lack
REVOLVER SOLITARIO

COLEC. "PUNTO ROJO"

37 — Clark Carrados
UN DOBLE PARA
LA HORCA

COL. "SELECCIONES S. S."

15 — Peter Debry
BALAS PERDIDAS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benaicázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN-
CIÓN.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 33
LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.435
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferre-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

Martine Carol

Cuenta en la actualidad esta bella actriz francesa 40 años, nació el día 18 de mayo de 1922. La hemos admirado en "El salario del miedo", "Nana" y "Lola Montes".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain

N.º 1575

